

BALTASAR CHAMPSAUR SICILIA

Religión filosófica

1.932

LAS PALMAS

A. Angelina Hernández
Millares

El autor



Religión filosófica

DE BALTASAR CHAMPSAUR

Baltasar Champsaur es una de las poquísimas personas que aun pueden "contar cosas" de mi infancia y de mi juventud. Desde los tiempos remotos en que yo era un chiquillo, "Sarito" (con este cariñoso diminutivo le conocían su familia, sus amigos y toda la ciudad) frecuentaba mi casa, autorizado para ello por el parentesco con una de mis hermanas y por la afinidad espiritual que le unía con mi padre, pues ambos eran librepensadores como entonces se decía, anticlericales y enamorados de los libros, hasta el frenesí.

Después, formamos parte de la estudiosa colonia de Barcelona, en aquella época de la juventud luminosa, que él recuerda siempre con nostálgico placer. Me parece estar viendo aquel rostro simpático, los ojos claros, la corta barba castaña, los lentes de oro, y sobre todo, las famosas "pinzas" que constantemente se le perdían y que siempre recuperaba, a veces por modos inverosímiles y casi mágicos.

Claro es que no pretendo "descubrir" en estas líneas al autor del nuevo libro "Religión filosófica". Baltasar Champsaur no necesita que nadie le descubra: es un sabio, un gran escritor, una gloria indiscutible de la tierra Atlántica y de la gran patria española. Sus libros forman biblioteca, predominando en ella la filosofía, la sociología, el análisis y la historia de las

religiones, sin que falte la amena literatura, las novelas, una de ellas traducida al francés, "Mi muerta", episodio delicado y conmovedor de la mocedad. Es un trabajador incansable, y ha vivido siempre entre libros, "la vida del espíritu".

El nuevo libro con que hoy cariñosamente me obsequia, tiene un origen conmovedor. La vida de "Sarrito", consagrada a la enseñanza, a la lectura y al trabajo intelectual, discurría tranquila y feliz entre dos mujeres admirables, que le daban dulce e incesante compañía, a quienes leía las cuartillas, a quienes comunicaba sus ideas, abriendo en el alma femenina el sendero luminoso que había de conducir las a la emancipación. Pues bien, ambas han pasado a l'autre rive, la divina Muerte las ha acogido dans son sein étouffé, liberándolas del tiempo, del número y del espacio. Baltasar, viejo y enfermo, se ha quedado solo. Y el libro éste, es una continuación del diálogo con sus muertas, partiendo de una frase sorprendida en un libro de oraciones, viejo y roto.

Testimonio es este libro de un noble ensueño, de una religión del porvenir, fundada en la ciencia, en el amor, en la solidaridad humana, cuyo templo y santuario ha de residir en el hogar, libro que habrá de leerse ansiosamente por la generación de hoy, porque responde a una aspiración y una esperanza del hombre, tan sólo, tan desamparado ante la inmensidad pavorosa y enigmática del Universo.

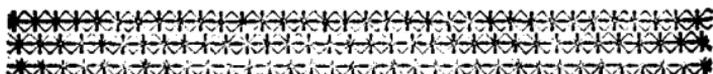
Ante esta obra magnífica, ante el detalle emocionante que lo trajo a luz, surge en la memoria la sublime invocación de Renán:

Révê'e-moi, o mon bon génie, a moi que tu aimais, ces vérités qui dominent la Mort, empêchent de la craindre et la font presque aimer.

AGUSTIN MILLARES CUBAS.

Abril, de 1932.

"Diario de Las Palmas".



RELIGIÓN FILOSÓFICA

S...: aboga por una religión filosófica. Desaparecerán los misterios creados posteriormente por la Iglesia, como la virginidad de María, la transformación del pan y del vino...

(Encontrado en un libro de oraciones, viejo y roto.)

I.

¿Qué ráfaga de incredulidad pasó por tu pensamiento, por un instante, tal vez no más, un rayo de esa luz de la razón que nos hace dignos de una vida superior casi divina? Y te has dirigido a mí con el nombre cariñoso de la infancia, que aún conservo en la vejez; nom-

B. CHAMPSAUR SICILIA

bre que en los labios de los míos llenaban mi corazón. Sí, yo abogaré por una religión filosófica, cuya idea fué, tal vez, además de nuestras conversaciones de tantos años, ocasión de una lucha larga en tu conciencia, allá en lo más oculto y hondo del que piensa sobre estas cosas tan elevadas. De pronto, y a tu pesar, te libertaste de esa argolla de hierro que ponen en la inteligencia todas las religiones para que pasen, por la esclavizadora fe, los mayores absurdos, las más degradantes supersticiones, los ritos más ridículos y los cultos más llenos de pompa y de desafortada vanidad. Y en ese momento libertador tuviste fuerza bastante para hablar y decir lo que en tu alma sincera y honrada pugnaba por encarnarse en signos que no se desvaneciesen como la palabra. ¡Y quién te pudiera inspirar mis pensamientos, para que te convencieras cada vez más de mi sinceridad, de mi amor al bien, a la verdad y a la belleza!

No es el vulgo de las mujeres capaz de estas heroicidades del pensar libre, ni siquiera de esta inclinación constante a las elevadas y hondas cuestiones que son la verdadera redención de los hombres. El sentido filosófico de la historia, de la política, de la religión, de la educación, de la enseñanza, y de la solidaridad humana, pasa muy por encima de su es-

casa y mezquinamente desarrollada inteligencia, y de sus insustanciables gustos. Entre ellas no circulan generalmente más que ideas vulgares de una superficialidad aplastante. La reflexión continuada ahondando los conceptos les fatiga, les adormece y les hace variar pronto de asunto. Y este cambio de lo serio, de lo elevado y de lo fecundo, a lo mezquino y superficial, les aviva, les entusiasma y les da ocasión para derrochar nuevas insulseces, en las que son verdaderas maestras. ¡Pobres hijos y pobre sociedad en manos de estas infelices madres y esposas, vaciadas en moldes de cosas viejas cuajadas de supersticiones y de vulgaridades!

Pocas como tú saborearon, algo más que de tarde en tarde, el atrayente y misterioso amrita del pensar, libre completamente en mí, y en ti moldeado aún, no fanáticamente, pero moldeado al fin, por las esenciales exigencias de una religión. Porque tú fuiste toda tu vida religiosa. Libros religiosos abundaban en tu pequeña biblioteca. Y ni uno solo de polémica, sino de oraciones todos, a cuya cabeza estaba el dulce y famoso Kempis. Y los leías, y rezabas, y hacías promesas, y comulgabas, y hasta te confesabas alguna vez. ¿Qué pasó, pues, en lo más íntimo y escondido de tu conciencia, de pronto o durante mucho tiempo, pa-

B. CHAMPSAUR SICILIA

ra que tu mano, firme y decidida, trazara, al fin, aquellos cuatro renglones de cruda incredulidad y de un firme racionalismo? Tú te llevaste para siempre el misterioso secreto. ¿Fuiste en realidad religiosa toda tu vida? ¿Dejaste, al fin, de serlo por influencia racional de un pensamiento extraño? Nadie puede decidirlo con entera seguridad. Pero yo me inclino a creer que se abrió una brecha en tu primitiva credulidad, por donde pasó la salvadora duda e hizo vacilar todo tu mundo religioso, para honor y salvación de la dignidad humana, aún para ti sólo entrevista en la penumbra de las supersticiones y de los absurdos, atrayentes sólo por lo imposibles y misteriosos.

Guardabas siempre silencio con las demás sobre estos inquietantes problemas, turbadores de la paz cotidiana del vivir vulgar, temerosa de que burlonamente te llamaran sabia y filósofa. No eras ni sabia ni filósofa, pero eras reflexiva y pensadora, y culta, y bien preparada para gustar de los goces puros del pensar elevado. Y otras también participaron con nosotros de este manjar exquisito del pensamiento. Y muchas veces nos sorprendió el amanecer en el enardecido discutir de estas hondas cuestiones, completamente inútiles para el filisteo de todos los países y de todos los

RELIGION FILOSOFICA

tiempos; pero siempre para nosotros, con el bien, la finalidad más alta del linaje humano. El hombre no se ha redimido nunca con la sangre de ningún Cristo, que es absurdo y hasta inmoral que un inocente padezca por un pecador, sino por el propio esfuerzo, por virtud de la fecunda racionalidad, por la depuración de los sentimientos y las exigencias de un orden por encima de los instintos bajos que nos embrutece y nos degrada.

Y ninguna religión del porvenir, mientras existan, puede salirse de esta norma racional, sin diablos, ni resurrecciones, ni aborrecimientos a los padres, ni el lloro y crujir de dientes, ni tronos en el Cielo, ni derechas del Padre, ni izquierdas tampoco. Norma racional, carácter filosófico, acción de vida, liberación espiritual, solidaridad humana, tales han de ser los fundamentos de toda religión que aspire a encarnarse en la realidad viva de las futuras generaciones. ¿No vive, y educa, y consuela todavía la religión de Confucio, intelectual y filosófica, en lo que pudo serlo? No sólo se puede abogar por una religión filosófica, sino que es un deber abogar por ella. Tú viste esta posibilidad y sentiste este deber. Sólo el enunciarlo revela un pensador. Es que hay tras ella un aspecto hondo del problema religioso, no sólo por la modernidad de su con-

B. CHAMPSAUR SICILIA

cepto, sino por el cambio de valor de las verdaderas exigencias del carácter racional de toda la vida espiritual humana. De otro modo no hubiera sido posible decir: "aboga por una religión filosófica". Y este carácter fundamentalmente racional de nuestra naturaleza ha debido ser conocido y aceptado para expresar el deseo de que se realice una religión conforme a esa realidad ineludible. Y así ha tenido que ser.

II.

Más de una vez leímos los Evangelios, y quedaste sorprendida al conocer las evidentes y rotundas contradicciones en que incurrió la palabra de Jesús, si es que Jesús ha existido, que ya son muchos los autores serios que niegan su existencia. Pero cuando tu asombro fué mayor y llenó tu alma de un penoso malestar, fué cuando leí esta cosa cruel e inhumana: "Si alguno viene a mí, y no aborrece (¡aborrece!) a su padre, y madre, y mujer e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun su vida, no puede ser mi discípulo." Guardaste silencio sin saber qué decir. Nunca sospechaste que de los labios de Cristo pudieran brotar tan crueles palabras, ni jamás las oíste citar a ningún sacerdote en la iglesia. Miedo de desper-

RELIGION FILOSOFICA

tar la duda en las conciencias. Y hay motivo, y motivo serio. ¿Quién puede afirmar que el amor a los padres es incompatible con el amor a la verdad, suponiendo que Cristo fuese la verdad, que no lo fué? Al contrario, todo discípulo de Jesús debería amar a sus padres con mayor intensidad y mayor pureza, porque ese mismo Jesús dijo: "Honra a tu padre y a tu madre." Y Moisés: "El que maldice a sus padres, muera de muerte." Y maldecir y aborrecer nada tienen que envidiarse. Si se ha de amar al prójimo y a los enemigos siempre, ¿no se ha de amar a los padres siempre también, se sea o no se sea discípulo de Cristo? Ante tamaña crueldad evidente no pudiste responder. Por primera vez cambió para ti el concepto de los Evangelios. Y ese nuevo concepto se afirmó en ti por otros muchos ejemplos de dureza, de crueldad, de cólera, de venganza, y de interés mundano, de manifiesto sectarismo. ¿Qué lejos está la inmensa mayoría de los hombres, y más lejos aún la de las mujeres, de lo que son en realidad los Evangelios! Se resisten a creerlo. Tanto les asombra. Pero la testaruda fe les hace cerrar los labios y la inteligencia. A ti no. Tú hablaste, tú discutiste, tú razonaste, tú no pudiste desconocer que aquellas palabras eran crueles e inhumanas, y no las pudo aprobar tu sentimiento.

B. CHAMPSAUR SICILIA

Posible es que estas contradicciones y estas durezas inesperadas tuvieran en tu conciencia molesta resonancia para tu credulidad religiosa. Tal vez empezaste a ver en esos escritos sólo la mano del hombre, único capaz de caídas, de equivocaciones, de crudezas y de sectarismos. Un Dios no puede ser eso. Está muy por encima de esa estrechez del pensar y del sentir, de esa cosa ridícula del diablo, del infierno, del purgatorio y de la gloria. Preciso es despojarse del veneno de la embrutecedora fe, para ver claro con la luz de la razón libre *todas esas fantásticas invenciones humanas*, que mutilan y deforman la inteligencia y el sentimiento para toda la vida. No es humildad, es rebajamiento, es cobardía, es abdicación de lo único divino que, según Aristóteles, tiene el hombre, la razón. Tú no lo contradecías, pero callabas.

Y no solamente hablábamos de religión, sino también de cuestiones filosóficas, de política, de literatura, de arte, de poesía, del problema social, más inquietante que ninguno por la crueldad y la injusticia de unos hombres contra otros durante interminables siglos. Y al ideal socialista te adheriste tú con todo el poder de tu razón y la conformidad absoluta del sentimiento. Es que la justicia subyuga, avasalla, y el dolor inmerecido, subleva, indigna.

RELIGION FILOSOFICA

na, y conduce a la enemistad y al odio. La naturaleza humana no es de granito. Y fuiste socialista conociendo sus principios, su programa, sus procedimientos, sus variaciones. No como la dama ignorante y vulgar que cree, porque se lo dice el cura, ignorante también, o el periódico cerril, que los socialistas y los comunistas son unos bandidos y unos engendros infernales. Ya te habías levantado sobre esa muchedumbre femenil que pesa como una montaña sobre el andar progresivo de los grandes pueblos. Y leíamos algún diálogo de Platón y la canción famosa de Renán a la Acrópolis de Atenas. Y dramas, y comedias, y novelas, de los de más nombre en nuestra literatura y las extranjeras, estuvieran prohibidos o no lo estuvieran. Y cuál no fué tu asombro al terminar la lectura de "Los Miserables", de Víctor Hugo, y observar que todo en la novela era hermoso y bueno, y, sin embargo, estaba prohibida! Te rebelabas por impulso espontáneo contra tanta estrechez y tanta intolerancia. Veías a través de aquellas páginas el alma grande y buena de sus autores luchando afanosos por el bien, la belleza y la verdad entre los hombres. ¡Oh, qué hermosos libros eran aquéllos!

Y en este refinado ambiente, nuevo y desusado para ti, no por excepción, sino continua-

B. CHAMPSAUR SICILIA

do y persistente, hubo por fuerza que esbozarse en tu espíritu como el surgir de una nueva personalidad. Algunas viejas formaciones cayeron, y otras nuevas brotaron. No fuiste ya la mujer superficial adocenada. Empezaste a ser reflexiva y pensadora, con gustos refinados y amplias y nobles aspiraciones. ¡Ah, muerte cruel, dura como el acero y sorda como una estrella! Propósitos, esperanzas, sentimientos, inteligencia; todo, ¡nada! Y nosotros impotentes, sin poder defendernos y vivir. Es mucho morir crisálida. Y muchos, muchos mueren así ¡Una vida relámpago, y después la eternidad con cosas ridículas, como infiernos, glorias y purgatorios! ¡Qué absurdo! No, a ti tampoco te parecía bien. Empezaba tu razón a romper ataduras, casi sin darte cuenta, por impulso espontáneo de la tendencia libre que es una necesidad ingénita en nuestra naturaleza. No era ya la fe del carbonero tu tabla de salvación. Era la savia racional que ya empezaba a circular por tu espíritu reflexivo. Era como un abrir de alas. Y yo me regocijaba.

Sí, abogaré por una religión filosófica. Tu hondo deseo, ya he dicho que revela un pensar hondo también. El sentido filosófico de una religión tiene algo del sistema filosófico, y algo más concreto del sistema hegeliano, de lo absoluto, del devenir, de lo real de lo racio-

RELIGION FILOSOFICA

nal y de la racionalidad de lo real. No es necesario que esa religión vaya a confundirse con una verdadera ciencia ya organizada. El aumento de nuevos hechos la haría variar con demasiada frecuencia. Preciso es que tenga algo fundamental. No seguramente dogmas absurdos y ridículos, como la virginidad de María, la unión hipostática, la transustanciación, el tres igual uno, y los demás. Nada de inventar tonterías muy gordas que hagan reír. A las generaciones futuras no se les ocultará el dejo pueril y ridículo que tienen esos misterios, ritos y cultos, cuando no groseros y bestiales, propios de pueblos primitivos. Profundo, nunca. Por excepción, si acaso. En la religión filosófica, el sentimiento, el deseo, la aspiración, el mismo consuelo, deben encontrarse en realidades probables, no rechazadas por la razón, y, muchas veces, en nosotros mismos, como finalidad satisfactoria y digna. Nada de risibles chorritos de agua en la cabeza, ya en uso en otras religiones. El hombre no es dignamente hombre sino cuando tiene el valor de despojarse de tanto rito pueril, que seguramente nos haría avergonzar en lo futuro. Sin esta firme decisión habría que renunciar a toda religión filosófica y continuar con esta mascarada insustancial de diablos y de ángeles más tontos que listos.

B. CHAMPSAUR SICILIA

Dentro de esta acción renovadora, o, por lo menos, modificadora, es bastante comprensible esa especie de explosión que dió realidad a ese pequeño escrito del completo pensar de un incrédulo, brotado del seno mismo de una naturaleza religiosa ya agrietada en sus más hondos fundamentos. No fué, sin duda, algo pasajero y como desligado, sino revelación cierta de un estado nuevo, inconfesable todavía, pero ya imposible de desaparecer, aunque no pudo impedir que contiuaran las prácticas religiosas de siempre, más por hábito que ya por convicción. En esta libre acción consiste la legitimidad de los cambios psicológicos. Ni fe, ni coacción de ningún género. El poder de las ideas solamente, la luz irradiada por su sentido racional, el atractivo de lo humano, el odio al aborrecimiento sectario, todas estas cosas penetran, se asimilan, y van formando la nueva carne de la nueva persona, sin que deje sentir lo más mínimo nada que parezca extraño y coactivo. Estos son algunos de los factores en la formación de la personalidad. Con palmas se deben recibir estos cambios, siempre legítimos, pero mucho más fecundos cuando se orientan al frente del progreso de todo el vivir nuestro, libre en su total desarrollo. Sólo así se cumple el verdadero destino del ser racional.

RELIGION FILOSOFICA

III.

No he nombrado hasta ahora la moral, porque la única fuente de la moral es la conciencia humana, y las religiones no han hecho más que adoptar lo que les ha convenido, haciéndolo derivar de poderes divinizados, lo mismo si se trataba de verdadera moral como de una manifiesta antimoral. Lo manda Dios, es la orden religiosa. Según eso, también debiera decirse: manda Dios que los tres ángulos de un triángulo valgan dos rectos. No. Es preciso tener confianza en nuestra propia razón, y quedar satisfechos con la certeza evidente o demostrada de los enunciados éticos. Y la religión filosófica no tendrá que recurrir a poderes fantásticos para la eficacia práctica de esos enunciados, puesto que demuestra debidamente el autopoder racional de todo el contenido ético en esta última etapa de la civilización. Ese Padre celestial, a quien llama perfecto Jesús, y tiene preferencias caprichosas por pueblos y por individuos destinados a la llamada vida eterna, sin fundamento de un principio moral indudable, debe borrarse de las bases esenciales de la nueva religión. Hasta aquí, el mundo sobrenatural de casi todas las religiones ha sido una copia o remedo de personas y cosas de aquí abajo. ¡Hasta hay un

B. CHAMPSAUR SICILIA

Espíritu Santo que fecunda a una mujer! No. Es cosa más alta, más pura, ese instinto de organizar las aspiraciones humanas en algo de una divinización racional de amplios límites. Ninguna fe, sobre todo, esa fe cerril, de abdicación, de rebajamiento y hasta de degradación de nuestra personalidad de la que protestaría hasta la propia divinidad. Por esto suceden extravagancias como ésta: los papistas se comen en la comunión a Dios sin pan, los luteranos se comen Dios y pan, mientras que los calvinistas se comen sólo el pan. ¿Es esto decoroso? ¿No nos rebajamos a las fábulas?

De cosas semejantes te hablaba yo, con el interés y el entusiasmo de siempre, sin más propósito, bien convencida estabas tú, que racionalizar la vida y el pensamiento, sin odios, ni fanatismos, ni terquedades, poniendo por delante la purificación de los sentimientos, el amplio desarrollo y la amplia libertad de la inteligencia, el enaltecimiento de nuestra personalidad y la lucha contra todo poder brutal esclavizador. Aprobabas unas veces, y callabas otras. Pero jamás, y no miento, tuviste motivo para llamarme ni fanático, ni terco, ni siquiera presuntuoso. Confieso que yo me extralimitaba en el hablar, a veces, casi tres horas seguidas, sin cansancio, encendidos los

RELIGION FILOSOFICA

ojos, sudorosa la frente, con entusiasmo, porque para mí era el placer más intenso, más puro y más elevado. Y tú lo conocías y lo apreciabas. Mi espíritu se llenaba de satisfacción y de regocijo. Jamás pensé en la indignidad de convertirme, sino en desarrollar libremente ante ti mis ideas para que las conocieras y apreciaras, como aquel que expone su único tesoro, orgulloso de su hermosura. Ningún interés me movió nunca, ni ante ti, ni ante nadie. Fué siempre la más imperiosa necesidad de mi espíritu y su mayor seducción. ¡Oh, qué horas aquellas tan gratas para mí! Vosotras me reñiais por el tanto hablar y el tanto discutir, y yo sonreía y seguía adelante. Las ideas subyugan, avasallan, esclavizan, y son el sutil vehículo de la luz, de la libertad y de la vida. Y ningún encanto como su encanto. Esta pasión mía avaloraba mi pensamiento. Y alguna vez me lo confesabais.

La moral sigue aún su trayectoria evolutiva, y los códigos, fundamentados en ella, se apartan de la estrechez, de la casta y del privilegio, de la menudencia y del rito civil y jurídico, para abrirse por entero a lo esencialmente justo y verdadero, anulando ese enmarañamiento de requisitos, de leyes, de fórmulas, que no añaden nada esencial al valor sustantivo del objeto, y hasta que convierte en de-

B. CHAMPSAUR SICILIA

lito lo que en el fondo fué sólo una necesidad del tejido humano, tanto físico como espiritual. Ahí están las sentencias del presidente Magnaud, llamado el buen juez en Francia, para convencerse de ello. En lo futuro desaparecerán, no solamente los misterios y los ritos ridículos de las religiones, sino mucho de la ritología de los actos civiles, que no tienen ninguna virtualidad, ni de fondo ni de forma. En lo futuro, por ejemplo, la celebración del matrimonio llenará una página más sencilla, más seria y más solemne, que se gravará más en el corazón de los futuros esposos. Fuera esa palabrería religiosa de un extraño a ese lazo prometedor y esperanzado, fuera también la papelería de los jueces, sin que ni uno ni otros sientan latir el corazón ante la separación y la independencia de seres queridos que afrontan un destino incierto en la prueba penosa de la vida. Es preciso que se sea carne de la propia carne para que, no los labios, sino el alma vibre y sienta la honda emoción de una partida definitiva.

Este acto cariñoso y solemne se verificará en el hogar, reunida la familia, presidido por los padres, invitado uno o dos amigos, excluida toda representación del Estado y de una religión, sea la que sea. Sentados en el centro del salón, sin colas ni pajes ridículos la novia,

RELIGION FILOSOFICA

escucharán las cortas y sentidas frases que les dirijan los padres, llenos de deseos, hondamente sentidos, por el bien de sus hijos. Sí, estas sencillas palabras llegarán por primera vez al corazón de todos. No será todo esto una mera fórmula que resbala sin penetrar. Si algo es susceptible de memoria, es seguramente este acto sencillo y solemne, en que los sentimientos son verdad y duran como la vida.

El matrimonio no fué instituído por ningún Cristo. Fué instituído por la naturaleza y por la civilización. Aunque no hubiera habido nunca ningún Cristo, como no pocos autores serios creen y sus razones son de peso, el matrimonio hubiera existido tal como hoy existe, imperfecto aun hasta con el divorcio y las reformas legislativas con respecto a la mujer, pero siempre en continuo progreso, racionalizándose cada vez más, hasta llegar a una completa armonía, por lo menos de derecho. La naturaleza lo ha puesto todo, los sexos y la aptitud para elevar los sentimientos a su más alto grado de pureza, aunque con una lentitud desesperante en su conquista práctica personal. Entre los animales, los hay también monógamos, como los antropoideos, la tórtola, la paloma y otros. Y entre los hombres, los hay con la misma variedad, aunque, en el fondo, prevalece la poligamia volandera, y en algu-

B. CHAMPSAUR SICILIA

nos casos, la definitiva a espaldas de la ley. Es, tal vez, donde el instinto primitivo tiene más fuerza y mucha mayor duración.

La celebración del matrimonio en el seno de la familia es donde adquiere su máxima solemnidad, su máxima seriedad y su máxima fuerza de sentimiento, y su lazo más fuerte en los inesperados turbiones de la vida. Y para su existencia legal, basta una comunicación de los padres al juez para que tenga validez necesaria. En una civilización refinada, tanto de forma como de fondo, lo importante es la pureza de lo sustancial, y que la forma adquiera los caracteres de la verdadera belleza y no la ritología religiosa y social revestida de cosas ya pasadas y de mal gusto. Ese refinamiento de la estética lo traerá, a no dudarlo, la civilización futura, como traerá tantos otros refinamientos en lo político y lo social, que se traducirán por el mayor grado de justicia y de libertad. El matrimonio será entonces como una institución espontánea, libre, de una obligación moral más profunda, porque lleva el origen del sentimiento familiar en toda su intensidad y su pureza.

Toda religión filosófica tiene que ser una religión de sentido racional, como lo tienen que ser todas las instituciones humanas. Hay que anular el rito de fondo huero, o bárbaro, o

fantástico, o absurdo. Y todo ídolo, llámese Jesús, o Budha, o Mahoma, o Zaratustra. Un pueblo realmente civilizado rechaza, por impulso espontáneo, por necesidad de su inteligencia, esta abdicación del sentido racional ante una idolatría fantástica y, al mismo tiempo, indecorosa e inmoral. Toda esa balumba de misas idolátricas, salvadoras de almas de un purgatorio llameante risible, inagotable fuente de monedas bien saneadas, tendrá que desaparecer ante la seriedad y la honradez de un culto racional, capaz de inspirar plena confianza a todo espíritu superior. Y los espíritus superiores abundarán en lo futuro, aunque un futuro bastante lejano todavía. Ya no se echan diablos de los cuerpos. Tampoco se comerá ningún Dios. La esperanza y el consuelo tendrán otra fuente y otra orientación. Habrá otra seducción y otro encanto ante formas bellas y un fondo de posibilidades futuras que el sentimiento anhela y espera. No temas. Para un espíritu superior podrá haber plenitud de esperanza en un orden que es norma de justicia, de amor y de racionalidad.

Sobrarán esos templos chispeantes de dorados y de luces, poblados de ángeles, de santos, de vírgenes, envueltos en la armonía de los órganos y en cánticos arrobadores, como para embargar todos los sentidos y dominar

B. CHAMPSAUR SICILIA

mejor al muñeco humano. Convéncete. Este es el principal excitante de la fantasía mística para forjarse paraísos de éxtasis nunca soñados. Son una verdadera trampa en que ustedes principalmente, caen con todo el apasionamiento de imagi^ones femeninas. En el fondo de toda esa excelsitud mística surge, como en secreto, para vosotras, el hálito dulce del amor, de ese amor ideal, con el cual soñais siempre y nunca encontrais en la engañadora realidad. Y así os hacéis doblemente religiosas. Y lo sois en otro sentido más hermoso y más verdad. Os encanta la virginidad del alma ante un amor profundo y eterno. No temais. Eso mismo llevaréis a la nueva religión.

IV.

Todas esas mentalidades deformadas por las creencias religiosas tienen por corruptor y venenoso este ambiente, que tu misma, a pesar de tu religiosidad, algo vacilante, tienes que confesarlo, estás hondamente convencida que no puede ser más sano, más puro y más fecundo para la inteligencia y para el corazón. Pero sí, corruptor es de la corrupción producida por esas creencias, venenoso es para el veneno servido desde la indefensa niñez a las sugestionadas multitudes, ávidas de goce y de

recompensas, de misterios y de fantasías. ¿Has oído algo, entre nosotros, alguna vez, contrario al bien, a la verdad y a la justicia, ese bien, esa verdad y esa justicia que no están encerrados en un dogma, ni en un programa, sino que tienen únicamente por programas y por dogmas la razón y la conciencia humanas en la plenitud de su entera libertad? No, no lo has oído nunca. Y por eso aceptais este ambiente, y lo estimais. Y él es, sin duda, el que ha producido en ti ese cambio profundo, regenerador de toda tu vida, que ha expresado tu pluma con plena convicción, heroicamente. Por eso te levantas sobre la muchedumbre de la vulgaridad femenina, y adquieres un puesto de honor, aunque modesto, entre el reducido grupo de las mujeres pensadoras. Sí, de las pensadoras. Porque, no solamente por esas líneas lo fuiste, sino por tu intervención en el ambiente intelectual que las prepararon. Un perspicaz y atento observador lo revela y sabe apreciarlo en su alto y verdadero valor, imparcial y noblemente.

¿Recuerdas que lo he dicho y lo he escrito? Una religión no debe jamás enseñarse sino llegada la edad de la razón. Y si la religión filosófica no tiene absurdos que enseñar, ni cultos idólatras, ni ritos ridículos, ha de tener por necesidad conceptos demasiado hondos y

B. CHAMPSAUR SICILIA

demasiado abstractos para una comprensión al alcance de la niñez. De lo contrario, se convertiría en una imposición, por lo duradero, respetable y solemne, pero de fatales consecuencias, en el desarrollo íntegro de la personalidad. Como toda religión es cosa voluntaria, ha de esperarse a que la voluntad pueda determinarse libremente en virtud de motivos racionales suficientes. Sólo así puede ser aceptada a conciencia, y adquirir los caracteres de algo propio y personal. Los religiosos de hoy, sólo por el hábito de años enteros, desde niños, no son realmente religiosos, son continuadores inconscientes de actos que nunca les han pertenecido, cuyas causas y origen desconocen, convirtiéndose en una serie continua y monótona de cosas mecánicas casi indiferentes. Esto sin contar con los absurdos, supersticiones, sectarismos y ridiculoses que todas contienen.

No. Esta religión filosófica, que tanto interés te despierta, y hasta que parece que ya la estimas como algo bueno y fecundo, es mucho más serio, puro, elevado y digno de todo cuanto hay de superior en nuestra naturaleza. Un verdadero Dios no puede aprobar otra. Seguramente condenará a toda la Iglesia Católica, como propagadora de odios entre los hombres y de cosas absurdas y ridículas, de pura

RELIGION FILOSOFICA

idolatría, que le avergonzarian, si un Dios pudiera avergonzarse. El hombre podrá todavía ahondar muy poco en la profundidad de las cosas universales, pero, si conserva la seriedad y la virtud ingénita de la razón, hasta sus errores serán perdonados, y merecerá siempre alabanzas su imparcialidad en la libre indagación de la verdad. Y tengo por cosa evidente que, en la lejanía de lo futuro, no podrá haber más religión que la ciencia, la generosa y buena ciencia, que une a los hombres y no los divide, que los ama y no los aborrece, que hasta se juega la vida por ellos y no se arrepiente. Y de esto te convenciste tú y te dabas por satisfecha. Empezabas a comprender la nobleza y la superioridad de las inteligencias libres e independientes, y lo fecundas que han sido siempre para el progreso de los pueblos. Y este es otro dato.

Después de no ser enseñada hasta llegada la edad de la razón, la religión filosófica debiera tener por templo preferido el hogar, al calor de al familia, sin pompa, ni vírgenes, ni santos, ni agua bendita, ni incienso, ni misas, ni novenas, ni curas, ni sacristanes. La familia y el calor de la familia, nadie más. Otras cosas más serias, más racionales, mejor esperanzadas, se dirán en esos hogares. ¡Qué revolución más honda y más fecunda se reali-

B. CHAMPSAUR SICILIA

zará en las almas de los nuevos creyentes! Al deslumbramiento de los ojos y la excitación de todos los sentidos se sustituirá el recogimiento lo más verdad posible, en el seno de posibilidades aceptables que la razón no rechazará y que el sentimiento anhela. Lo esencial es libertar a la futura religión de un maquinismo absorbente, cuyo motor principal es la idolatría encarnada en un interés desenfrenado. Es preciso que desaparezca esa religiosidad por oficios y sueldos que lo convierte todo en negocio, lo mismo el purgatorio que la gloria, lo mismo el Idolo que la Semidiosa. Se ha llegado a la más completa degeneración del espíritu religioso. Se llama a todos y no hay todos en la realidad. Hay miserables a quienes se desprecia, hay señoritos y señorones, y duques, y príncipes, y reyes, a quienes se distingue, se mima, se ensalza, se adula y hasta se venera. Hasta se acogen como graciosos chistes sus palabras de burlón incrédulo. Es preciso borrar todo esto.

Y un solo templo, uno solo, en el centro de la ciudad, en medio de una gran plaza, monumental; pero de una sencillez atrayente. En el interior, nada de las luminarias, flores y lazos de los templetos jesuítas. Buena luz; nada más. Obras de arte, muchas; de las más grandes obras maestras del arte nuestro, que es

también obra divina, transformación de lo impuro mundano en la excelsa pureza de las cosas espiritualizadas. Ante la belleza las almas se elevan y se inclinan hacia la verdad y el bien: "rien n'est beau que le vrai". Y en sitios distinguidos, nuestro código de moral, fundamento de la universal orientación social en su evolución progresiva, y el de la justicia y los de la verdad, y lo que represente lo más alto de nuestros más reales y excelsos ideales. Nuestro cielo está dentro de nosotros, y allí hay que buscarlo. Lucha constante por mejorarnos, lucha constante por estimarnos, como seres de la misma categoría y del mismo destino, y anhelo profundo de que las grandes probabilidades que existen de una vida ultraterrena se conviertan en una gratisima realidad.

Una vida semejante a esta, de lucha y de progreso, de actividad intelectual y de inclinación constante hacia el bien, en el sentido de la más alta y más pura idealidad. Porque no parece lógico que existan varios ideales diferentes de la belleza y del bien, a menos de no admitir una variación profunda y completa en la esencial constitución de nuestra naturaleza terrestre. Ya lo ha dicho. ¡Qué absurdo pasar aquí sólo una vida relámpago, sin tiempo para adquirir una experiencia rectifica-

dora, y pasar luego definitivamente toda una eternidad en un sitio de premio o de castigo! Es la concepción más ligera e irreflexiva, más desconsoladora y desesperanzada que pueda imaginarse. Y, sin embargo, el creyente se conforma, y sigue creyendo otras cosas mucho peores aún, como que acepta religiones sin Dios, tales las de Budha, y la de Confucio, religiones de un solo Dios, la de Mahoma, y de uno y tres Dioses, como la católica. Es muy elástico el creyente. Y la fe universal también. Podremos engañarnos, pero es lo más probable que la personalidad persista, si es que todo no concluye con nuestro último aliento. Y si persiste, es lógico que llevemos el recuerdo de esta vida relámpago, y entonces podría servirnos de algo el haberla vivido en este pequeño mundo.

V.

Ni tú ni yo podemos dejar de maldecir y de odiar, y al mismo tiempo de compadecer, ¿y perdonar? a aquellas hienas que se regodearon con la grasa humana quemada de las inocentes víctimas de la Inquisición. Con su doctrina, debieran todos estar ardiendo en los infiernos, si infiernos hubiera. Una religión manchada así es la vergüenza de la Humanidad.

dad entera, y la desesperación de las almas buenas. Exterminio en la cruzada contra los albigenses, exterminio la noche de San Bartolomé, exterminio en las seis o siete cruzadas, exterminio contra los mártires cristianos, exterminio de los turcos contra los armenios, exterminio de los persas contra los babistas. ¡Ah, esa fe y esas creencias, cuánta sangre y cuántas lágrimas han hecho derramar en este mundo! Y siguen viviendo tan satisfechas y envenecidas, y los creyentes olvidados de tanto crimen, como si su historia fuera inmaculada y santa. Y hasta dan su vida en los disturbios religiosos por esas supersticiones, por esos absurdos y con esos grandes crímenes sobre la conciencia, con esos odios y esos aborrecimientos que no conocen ni los animales. Es realmente imperiosa la necesidad de abogar por una religión filosófica. Es preciso hendir la piel de paquidermo de esas iglesias que envenenan y destruyen la noble y fecunda sustancia humana, convirtiéndola en virus de odio feroz. Tú te has estremecido y has protestado, en nombre de todos los sentimientos, al escuchar tan sombríos y espantosos relatos. Y luego, cometen la blasfemia de predicar que, por privilegio divino, sólo ellos poseen la verdad.

¡La verdad! La verdad verdad sólo está en

B. CHAMPSAUR SICILIA

el orden científico, en el orden lógico y en el orden ético. En todo lo demás no existen más que probabilidades, materia opinable, incertidumbre, posibilidad. Y, en las religiones, casi en su totalidad, errores, supersticiones, absurdos, ridiculeces y puerilidades, y para colmo de cosas muy malas, constantes y terribles crímenes, que hacen estremecer.

Y para que te convenzas que las supersticiones no son cosas del pasado, sino que hoy mismo se desarrollan con verdadero frenesí, basta copiar lo siguiente de un autor muy conocido: "Las supersticiones más groseras y las leyendas más pueriles, como la de los ángeles que protegían la retirada de las tropas inglesas después de la derrota de Mons, florecieron lo mismo en los ejércitos como en las desgraciadas poblaciones civiles (1914 a 1918). Jamás los adivinos tuvieron tantos creyentes; los profetas hablaron ante vastos auditorios; los amuletos se vendieron por millones; las ilusiones del espiritismo y del ocultismo se difundieron como regueros de pólvora. Es que las supersticiones son más antiguas que las religiones, y lo invaden todo cuando las religiones declinan. Creer o no creer en dogmas revelados es infinitamente más tentador, y también más fácil, que fiarse únicamente de la razón. Y por este motivo, la incredulidad ab-

solata y la credulidad sin límites son mucho más frecuentes que el verdadero racionalismo." Yo acepto en todo las observaciones del autor. El instinto de lo misterioso anula la inteligencia. El único refugio, la única salvación, está en la religión filosófica, la última que, seguramente, verán los pueblos civilizados, profundamente civilizados. Porque una religión así, no solamente no se opone a los caracteres fundamentales de nuestra naturaleza, como sucede, por lo contrario, a todas las demás religiones, sino que les da más valor moral en el desarrollo de la conducta y hasta en las aspiraciones ideales. No contiene nada que nos haga sonreír, ni avergonzarnos, ni arrepentirnos. Tiene la serenidad de las cosas racionalmente puras, sin salirse nunca de esa decencia intelectual y moral que inspira respeto y estimación. El elemento humano está en ella como algo, en cierto sentido, divinizado, o por lo menos, digno de una divinización racional, que le alienta para el cumplimiento del bien y el mejoramiento progresivo de su valor intelectual. Nada de padres celestiales, que tienen bastante de papás bondadosos de aquí abajo, ni de doce tronos en el cielo, ni de juicios finales, ni de resurrecciones de la carne, ni de inocentes pecados originales que nos llenan de verdadero estupor ideológico.

Sin esa armonía entre el hombre profundamente civilizado y la religión filosófica, sería imposible su arraigo en la razón y en el sentimiento. Hoy es, y ya, no miles, sino millones de personas cultas rechazan por completo el catolicismo, y adoptan un extracto de religión mucho más seria, y más conforme con las exigencias imperiosas de una cultura realmente refinada. Tú, repito ahora, debiste tener un concepto bastante claro de la calidad y extensión de este problema religioso, y del contenido, grosso modo, de esta nueva y, tal vez, última tentativa, de una creación religiosa. ¿Cómo me hubieras, de otro modo, impulsado a que abogara por una religión filosófica? El ambiente intelectual en que aquí viviste harto te lo había ya enseñado, y te daba derecho a concebirlo en su verdadera naturaleza. Yo, a causa de ese mismo ambiente también, lo repito igualmente ahora, se rompió algo en tu conciencia, tu religiosidad vaciló, y al fin, cayó vencida en las cuatro líneas que tuviste el heroísmo de trazar firme y resueltamente. ¡Y yo no puedo ya darte la mano por este gran acontecimiento espiritual! ¡Morir! Palabra horrenda que llena de dolor y angustia al que se queda aquí solo, viejo y desamparado. ¿Valor? ¿Para qué? ¿Qué le dará ese va-

lor al apartado ya de la vida? Sólo esto, quizá: pensar y seguir amando.

Se reprochará a la religión filosófica, sobre todo para la mujer, que será demasiado seca, demasiado rígida, demasiado intelectual. Para esta mujer de ahora, no lo dudo. ¿Pero qué es, que valga algo, que no sea seco para nuestras damas, salvo contadas excepciones? No pedimos que sean todas una Aspasia, una Hipatia, una Clemence Roiyer, una Latina, una Concepción Arenal, una Emilia Pardo Bazán, una Colombina, no; no se necesita tanto. De lo que hay necesidad en la mujer es de verdadera cultura, de gusto y amor a las cosas elevadas del pensamiento, de horizontes amplios que les hagan tener de la sociedad humana, de la vida humana, de los diversos tiempos y de los diversos pueblos, un concepto menos pobre y más verdad que el que ahora tienen; que llegue hasta ella la serena sugestión de la ciencia y la trascendente condición de la verdad, dentro y fuera de nosotros, para que dejen ya de vivir un mundo raquítico, mutilado, y podríamos decir, de un estrecho localismo, un mundo casi "pour rire". Lo que hay que levantar, ante todo, es el espíritu, es la aspiración, es ascender en el preciado rango de la esquisitez de los sentimientos y la valía de la inteligencia, en las creaciones del arte y

en los grandes triunfos de la ciencia. ¿Acaso se les va a privar de sus alegrías y de sus ilusiones? De ningún modo. Eso es vida también. ¿Quién conocería una religión sin sacerdotes, sin iglesias, sin campanas, sin procesiones, sin rosarios, sin confesionarios, sin las campanillas de extremaunciones, y de otras menudencias místicas? Y, sin embargo, en todos los hogares, al calor de la familia, con sentimientos verdad, viviría la religión más digna del hombre, más pura, más elevada, más llena de verdadero amor a todos, a todos los hombres, crean o no crean. Un solo gran templo para las asambleas religiosas, siempre de espíritu pacífico y fraternal, irradiado a todos los hombres, con la palabra y la conducta, sin que existan para nadie ni contrarios ni enemigos, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra. Una revolución tan profunda parecerá ahora un sueño loco. Sueños locos fueron el cristianismo y el budismo, y viven aún, y con ansias de vivir más todavía. Y hay crímenes de por medio, en el primero, no en el segundo. ¿Quién podrá prever como se orientarán los hombres dentro de tres o cuatro mil años? Lo que sí se puede afirmar es que serán mucho más civilizados que ahora. Y esto es nuestro gran regocijo y nuestra gran esperanza.

VI.

—¿Y Dios? —¿Y Dios?, digo yo también. El problema de los problemas en filosofía y en metafísica. En el ajeteo diario de la vida lo mismo da que exista como que no exista. En el fondo, sólo se tienen en cuenta las realidades ineludibles, y sólo a ellas se ajusta la conducta. Excepto en casos excepcionales, lo demás es pura palabrería insustancial, que nada influye en la marcha, en extremo complicada, de los negocios mundanos. Ni las guerras han dejado de estallar siempre, ni los terremotos se han suspendido, ni las víboras y los tigres de la India han dejado de exterminar de quince a veinte mil víctimas todos los años. La marcha del mundo no parece ocuparse mucho de ese gran problema. Las matemáticas, la física, la química, siguen su andar rápido y fecundo sin que les perturbe ni les inquiete la solución blanca o negra del amenazante problema. ¿Hay Dios? Adelante en su camino. ¿No hay Dios? Ni se interrumpe su labor, ni se modifica. Son variables independientes. Y no parece que haya ningún fenómeno que sea función de ese misterioso e inquietante concepto. Un oleaje potente y fatal parece mover y conducir la inconmensurable máquina de los mundos. Esta frase: "Na-

da se mueve sin la voluntad de Dios", es pura poesía. No hay un solo hecho que la demuestre. En cambio, la contraria: "Todo se hace sin la voluntad de Dios", es la expresión de la realidad, y los hechos todos lo demuestran.

Plantear este problema ante la inmensa mayoría de las damas, tanto o más ignorantes en esto que en otras cosas, es verse en seguida calificado de ateo; y ya se sabe, ateo igual demonio; porque para ellas no hay ni puede haber problema, mientras que lo ha habido siempre para Kant, y para todos filósofos, grandes y pequeños, religiosos e incrédulos. Nada, para esas señoras, el demonio. Y en esta baja etapa estamos todavía, por desgracia, de la cultura femenina. ¿Es uno y eterno el Universo? ¿Lo ha creado, por el contrario, un Dios? Una de las dos cosas tiene fatalmente que ser. ¿Es más comprensible una hipótesis que otra? Eso es lo que trataremos de esclarecer, si es que semejante cuestión es susceptible de esclarecimiento.

Los fenómenos todos del universo parecen estar siempre relacionados unos con otros, depender unos de otros, ser unos causa y otros efectos sucesivamente, formando una infinita complicación de cambios y modificaciones, muchos estables y otros variables. Hay, pues,

infinitas verdades particulares, todas ellas enlazadas entre sí, sin que se pueda decidir tan fácilmente cual sea más importante, y cual lo sea menos. Las dimensiones tienen escaso valor en esta delicada y profunda apreciación. De verdad en verdad, de efecto a causa, de fenómeno en fenómeno, si tuviéramos una inteligencia infinita, llegaríamos, al fin, a una última verdad, a una última causa, de la cual tendrían que depender todas las demás. Pero esa causa última de la fenomenología universal no parece tener relación con ninguna otra, exterior a ella. Y, por otra parte, para que haya última causa es preciso que el número de las causas y de los efectos sea finito, o que lo sea también el universo, lo que es muy posible, y hoy con más fundamento que antes.

¿Pero se puede afirmar que todos los fenómenos del Universo están relacionados en el concepto de causa a efecto? Los hechos parecen contradecirlo, aunque no de un modo absoluto en el orden de determinadas posibilidades. ¿Hay alguna afinidad de naturaleza entre el pensamiento y el calor, o la electricidad, o la luz, o el magnetismo, o las fuerzas moleculares? Al contrario, parece que hay una completa oposición. ¿Sería capaz un electrón de tener la idea de justicia? ¿Sería

capaz un cristal de sacrificarse por otro cristal? ¿El planeta Júpiter se inclinaría para saludar al Dios del Universo? Ya sé yo que Locke decía que la materia, que es también energía, pudiera ser capaz de pensamiento. Pero lo que resulta cierto es que el pensamiento es irreductible con las demás energías físicas. Y en este orden psicológico, su última verdad será de naturaleza distinta de la anterior. Habrá, pues, dos, entre las cuales no puede, al parecer, existir relación de ninguna clase. Y no acaban aquí estas diferencias. ¿Y la vida? También parece irreductible, aunque no tan profundamente como el pensamiento. Serán, pues, tres las últimas verdades o causas de todos los fenómenos del universo.

Pero para la cuestión lo mismo da una que tres. ¿Puede haber alguna relación entre estas tres causas últimas y una causa exterior a ellas, no incluida en la cadena de la sucesión universal? ¿Cómo ha venido esa causa exterior, de dónde ha venido, por qué y para qué ha venido a una existencia para la que nada le ha dado motivo, ni ha habido verdadera necesidad? Porque lo real es el Universo, y él ha de ser nuestro punto de partida, mientras que eso de un Dios es sólo una hipótesis, un concepto nada más, una posibil-

RELIGION FILOSOFICA

dad, o, tal vez, una imposibilidad. El reloj lo hizo el relojero. Pero al relojero, ¿quién lo hizo? Y él sabemos que existe; pero eso es lo que se discute respecto a Dios. ¿Por qué preferir un relojero increado que nadie sabe si existe? ¿En que se le atribuye inteligencia? ¿Y no hay inteligencia en el Universo? ¿No es en él donde únicamente la hemos conocido? Por eso resulta el panteísmo la doctrina más racional y admisible, no para señoras como las de ahora, enamoradas de un Dios de grandes barbas blancas, de un Idolo muy bueno y muy martirizado y de una Semidiosa muy dolorida, ampaño de su sexo. Me parece el panenteísmo de Krause, del que tú me sacaste unas notas, una transacción con el deísmo puro, como la trinidad es una transacción con el politeísmo.

¿Y tú en qué quedas?, me preguntabas algo turbada e inquieta. ¿Qué gran compromiso una contestación en este hondísimo, y tal vez, para siempre, irresoluble problema. Las damas, los curas de aldea y los hombres enaguas, lo resuelven en un abrir y cerrar de ojos. Dios con un triángulo sobre la cabeza y unas grandes barbas blancas. En el fondo, honradamente, no sabía qué contestarte, y te dije: como las dos hipótesis son incomprendibles, prefiero un Dios infinito, de infi-

B. CHAMPSAUR SICILIA

nita inteligencia, en nada parecido, sin embargo, al Dios de los católicos, y que seguramente, estará en completa conformidad con lo esencial de nuestra religión filosófica, esperanza y salvación de las generaciones futuras. A este Dios lo llamaremos nosotros "Sumo Bien", que no llamará a unos y a otros no, sino a todos; que no tendrá ningún hijo, ni ninguna madre, ni ningún padre putativo, ni libros sagrados, ni falsos, como los que hay ahora, ni verdaderos tampoco, ni alianzas selladas con el corte de los prepucios, ni diablos, ni resurrecciones, todo indigno de su pura e infinita esencia. ¿No te parece que, así depurado y engrandecido, un Dios es más digno de respeto y veneración?

Nuestros libros sagrados serán nuestros corazones; nuestros rosarios, nuestros pensamientos; nuestras ofrendas, nuestros actos; nuestra fe y nuestra esperanza, el perfeccionamiento; y para el ansia de otra vida, una posibilidad más decorosa, más activa, más consoladora, más duradera, que la de esta vida y que las fantasías huera y locas de tantas religiones sin seriedad ni grandeza. Ponte la mano en el corazón y di sinceramente si esto no tiene más racionalidad, más pureza y más elevación que tantos ritos y cultos idolátricos y tantos dogmas absurdos, de los

que un Dios verdadero se estará riendo sin poderlo remediar. Tú dilatas tu pensamiento, tú vas más allá de todo localismo intelectual, que empobrece y estrecha la conciencia, y tienes para lo nuevo y lo extraño más justa, racional y entusiasta acogida que las vulgaridades insustanciales del cotidiano vivir.

VII

¿Y no has venido a pensar alguna vez en cuál habría sido el objeto que pudo tener un Dios para crear un Universo? Porque los infelices teólogos no dan con otra razón sino que fué para su gloria. ¿Para su gloria un juguete que sólo debió costarle decir hágase, y fué hecho, y no esos seis días de maestro albañil, con ganas de descansar el séptimo, completando así la semana babilónica? ¿Y tuvo necesidad un Dios perfecto de crear un Universo sólo para que le diera gloria, y un universo tan lleno de imperfecciones y de males? ¿Y qué clase de gloria pudo darle semejante creación? Lleno de antropomorfismos está todo este cúmulo de explicaciones y de leyendas. ¿Y no tuvo otro objeto que ese, sólo una satisfacción para sí? ¿Y logró quedar satisfecho con ese puro egoísmo? ¿Tú no

ves claro que cuando se ahonda en estas ligerezas teológicas no resultan más que tonterías o blasfemias? Sí, hay que compadecer a los infelices creyentes de todos los tiempos y de todos los países. Cuando más increíble, más firme creencia. No tienes salvación.

¡Y qué casualidad! Hoy mismo, 24 de enero de 1932, publica la "Gaceta" la orden de disolución de los jesuitas. El Gobierno republicano ha cumplido su palabra, y la famosa y funesta Compañía cesa en España por segunda vez, con las abundantes lágrimas de las damas y el agudo dolor de los hombres enaguas. Es la tradición maléfica que se retira, que huye, ante la poderosa ráfaga de oxigenación vivificante del avanzar de los tiempos. La sonrisa jesuítica es traidora. Es el mundo viejo, de las leyendas ridículas y absurdas, de manga ancha, que quiere hacerse pasar por amable y tolerante, y, en el fondo, oculta la garra bélica de Iñigo, descentrada ya por la completa libertad de que goza el protestantismo en todas partes. Ahora tienen el corazón de Jesús, para las damas y los luises, desdichada viscera del Idolo, que tiene que servir de cebo para que los hombres concluyan de bestializarse, despojándose de su razón, y de su honradéz intelectual y moral.

Era preciso arrebatárlas de sus manos la

enseñanza, en ellas deformadora y esclavizadora de la personalidad libre, independiente, y sólo así fecunda y de trascendentales influencias en toda sociedad verdaderamente civilizada. Espíritu de ciega obediencia y de indecorosa hipocresía, siempre con tendencia al poder y al dominio, disfrazada con la amabilidad melosa y la sonrisa acechadora. Ni un punto de contacto puede tener nuestra honrada y racional religión filosófica con esta gran comedia mundano-mística, contraria al verdadero destino del hombre, refractario a degradantes o inmorales creencias en corazones de Jesús, cuando ni es seguro, como ya hemos dicho, que Jesús haya existido. Toda enseñanza religiosa es un freno poderoso a la marcha civilizadora de los pueblos. Es un sistema de mutilación rápido y eficaz. El hombre sale de esa terrible máquina hecho un guiñapo intelectual. Ha sido esa disolución, una operación quirúrgica salvadora. Id y prosperad en otras tierras menos conscientes de la naturaleza de su destino, hasta que despierten, a su vez, y os saluden muy cortésmente. Porque también vendrá día en que tampoco habrá lñigo aquí abajo.

Nuestros problemas metafísicos de los primeros principios no se resolverán con fantasías descabelladas, aunque hoy quieran hacer-

B. CHAMPSAUR SICILIA

las pasar como alegorías o símbolos. Para la Iglesia hay que creer en que Jonás pasó tres días y tres noches en el vientre de una ballena. ¡Pobre Jonás! ¡Y pobre Iglesia! No es así como nuestra futura religión ha de conquistar el aprecio y el respeto de los hombres. Todo eso lo ha de barrer el espíritu civilizador de los futuros tiempos.

¿Se puede crear algo de nada? Es lo mismo que si se preguntara si tres y tres son ocho. Nada puede hacer en esto un Dios. Es una imposibilidad absoluta. ¡Lo que le hacen decir y hacer a Dios los sabihondos teólogos! Nosotros admitiremos, pues, la eternidad de la materia, y en Dios, el modelarla ordenadamente, según su concepto de orden universal, en lo que nosotros no podemos tener idea ninguna definida. Todo esto no son más que maneras de pensar, porque todo esto, en el fondo, es incomprensible; pero no ponemos nada, ni virginidades absurdas, ni hipótesis absurdas, ni transustanciaciones absurdas, ni trinitades absurdas. Lo ignoramos todo, nada más.

La reforma racional de una religión exige el despojo de estos principios, mucho más que falsos, absurdos, desviados con el pomposo nombre de misterios, muy a propósito para llenar de miedo a las damas y a los hombres

RELIGION FILOSOFICA

enaguas, pero inservibles para los verdaderos hombres. Es preciso resignarse a verlos desaparecer, en unión de multitud de ritos que no pueden pasar ni como símbolo, ni como hipótesis, ni como nada. Es preciso resignarse a ver desvanecerse el encanto que produjeron en nuestra niñez y en nuestra juventud, como se desvanece el encanto de muchos amores y de la mayoría de las ilusiones juveniles. La seriedad de la vida, serena unas veces, combatida, otras, por pasiones violentas y por altas ideologías opuestas, exige imperiosamente esta mutilación tan necesaria como fecunda. A la perdida sentimentalidad le sustituirá otra tan consoladora, y, en cambio, mucho más noble y pura. Los actos religiosos adquirirán una dignificación elevada, tanto en el fondo como en la forma. No habrá ya latín fósil, que ni siquiera fué la lengua de Jesús, ni de sus apóstoles. Fué la lengua de sus mayores enemigos, de la bestia 666, el infame asesino Nerón. Cada pueblo usará su lengua. Claridad y sinceridad en todo.

Ya está muy en baja el perfume y el encanto de la castidad. Todos están ya convencidos que es preciso cumplir con las leyes del organismo, de ninguno de los cuales se ha hecho, en ningún tiempo, una excepción. Ni hay más pureza en la castidad, ni mérito de nin-

B. CHAMPSAUR SICILIA

guna clase, porque no es mérito faltar a una ley, base de la existencia de la Humanidad. Es una determinación inmoral, en absoluto contraria al destino de nuestra especie. Es, además, una verdadera corrección que se quiere dar a la divinidad, que sabría algo más que los Jesús y los San Pablo. Más puro sería entonces no comer, y otras cosas, además. Porque las ideas de pureza, de mérito y de demérito, no tienen nada que ver con el cumplimiento de las funciones orgánicas, sobre todo en sentido religioso. ¿Por la idea de sacrificio? Es inmoral en toda mutilación de leyes naturales necesarias para la vida. Y no solamente necesarias, sino de una trascendencia espiritual, innegable. Además, es de un egoísmo y de un aislamiento repulsivos, y más como una demencia que como una virtud. Parece más desprecio que sacrificio.

Por eso abundan tanto las "demi-vierges" en esos conventos de relativa esterilidad carnal y de completa esterilidad espiritual. En donde la inteligencia y el corazón están completamente descentrados, sin el libre alimento de un ambiente universal, con el que únicamente se cumple la finalidad de la razón y del sentimiento. Constituye una verdadera mutilación criminal, y criminal dos veces: Primero, por la mutilación, y segundo, por

las supersticiones y absurdos con que sus pobres espíritus se alimentan. Viven mutiladas y envenenadas. No, no viven. Vivir es una cosa más amplia, más honrada, más grande, más fecunda, más trascendental. No es la vida del vulgo, de "allí donde fueres haz lo que vieres", sino la más alta, "la de haz lo que debiercs". No se trata de monos, sino de seres racionales, es decir, de seres originales, en sus principios, y en sus condiciones, desarrollando un interior propio en un medio coactivo o favorable. En esa lucha del vivir, el ser ha de ser todo entero, íntegro, suelto, libre, para que la elaboración personal sea la legítima y espontánea consecuencia de los factores formativos. Sólo así habrá en los pueblos una orientación verdad.

Ni un solo convento dejará, pues, subsistir la religión filosófica, ni ninguna clase de comunidades religiosas.

VIII.

Yo te doy aquí ideas sucintas y desgranadas a la buena de Dios, de lo que debe ser, en sus caracteres esenciales, una religión filosófica, es decir, racional, ese concepto vigoroso que tuvo fuerza bastante para agrietar tu ideario religioso y querer dar a tu vida una

orientación más seria y más luminosa, en ese andar cotidiano de las cosas grises y sin trascendencia. Tu espíritu reflexivo y tu sentimiento de la justicia vieron siempre la verdad en cualquier orden de opiniones en que tú la percibieras. Sin esa disposición de ánimo no hubieran brotado de ti esas heroicas líneas que algo muerto parecen haber dejado en el fondo de tu espíritu. Muchas de las cosas que aquí digo, en distintas ocasiones, y con objetos diferentes, me las oíste decir con frecuencia. ¡Que no continuaran aún aquellas horas en que vosotras y yo llevábamos en la inteligencia y en el corazón temas tan altos y estimados! Pero hay una mano, dura y cruel, más fuerte que nosotros, que ha cortado para siempre el hilo de oro que las unía con las presentes, y me deja el silencio y la soledad por únicos compañeros. ¿Estaríais aún a mi lado? ¿Leeríais aún mis pensamientos? ¿Apreciaríais aún el movil puro de todos ellos? ¡Oh, si así fuera!

Si así fuera nos resignaríamos a estas dolorosas ausencias, y esperaríamos serenos la hora de unirnos de nuevo y vivir y pensar, y amar, y luchar con el mismo ardor por el bien y por la verdad. ¿Qué gloria podría compararse a esta gloria de la actividad y del perfeccionamiento? Ni Dios quisiera ser si

he de ser absolutamente perfecto y he de estar completamente inmóvil, sin tener siempre algo que ansiar en un camino sin término, pero eternamente esperanzado. Quietismo es muerte, aun con todos los goces. Un gran ideal siempre vivo es un vivir esperanzado, lleno de promesas de exquisitos refinamientos espirituales. La posesión es deprimente. Y si se es infinito, es infinitamente deprimente. Esas visiones extáticas, contemplativas, son, por fuerza, un verdadero martirio, a pesar de tanto ángel y tanto serafín, tantas vírgenes y tanto santo, tanta espiritualidad y tanto hosana en infinitos coros, y todo esto en el mismo seno de Dios, porque él lo llena todo. Lo que es muy probable es que nadie desee vivir esta fantasía de teólogos de muy seca y monótona inspiración creadora. Rechazamos también este ciclo, y aceptaremos la posibilidad de esa otra vida, de cariño, de actividad, de lucha, de mejoramiento y de grandes y puros ideales.

¿Qué sería un Universo solitario y silencioso, con el sólo rodar de los mundos y la luz, sin ojos, de los soles? ¿Qué desierto más sombrío y espantoso! Claro, que si hubiera tenido que ser así, muy poco se hubiera preocupado de ello el Universo, como hoy se preocupa muy poco de su soledad el desierto

de Sahara. ¿Hay algún fin universal, o algunos fines universales? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Opinamos, nada más. Y vale más la opinión solamente que la afirmación rotunda de la gente de fe, a quien nunca le ha preocupado ni el error ni el absurdo, como lo demuestran todas las religiones. Pero cierto también es que son conocidos los sistemas filosóficos que admiten una finalidad en el Universo, sin echar mano de conceptos disparatados, que en estas cosas se había de distinguir la filosofía de las religiones, hoy su ama y maestra, como lo es también de la pedante teología. Ese problema es, pues, de los, al parecer, insolubles.

Pero lo cierto es que este plancta está habitado, que no solamente hay en él vida, en una infinita variedad de formas y organizaciones, sino hasta el punto de producir genios como Aristóteles, Kant, Newton, Pasteur, y muchos más. Hay luz para los ojos, luz para la inteligencia y luz para el corazón. El universo existe por la conciencia; pero la conciencia no le es necesaria. ¿O será, tal vez, una necesidad finalista? ¿Pero cómo se prueba eso? ¿Quien puede probarlo? Indudablemente, la conciencia y el pensamiento son de un orden superior al de las energías físicas. ¿Más por dónde se podrá demostrar que las

RELIGION FILOSOFICA

primeras son el objeto final de las segundas? No basta ser una cosa superior a otra para que se la considere fin de esta otra. Podrá no haber entre ellas más que una relación de causa a efecto; pero no de fin, de un propósito ascensional en una dirección determinada. Yo no puedo asegurar que el hombre sea un término finalista de toda la animalidad, como pretenden algunos, más filósofos que naturalistas. Ni siquiera se puede afirmar que sea un término. Lo más probable es que sea un anillo en la cadena orgánica que podrá producir otros nuevos, más perfeccionados en el sentido del mayor ejercicio, sin anuncio de un último término definitivo como finalidad alcanzada. En una palabra, sólo habrá juego de energías en una mecánica sin fines trascendentes.

De todas maneras, hay aquí un número prodigioso de seres vivos y bastante grande de seres racionales conscientes. ¿Qué razón puede haber para que sólo los haya en este minúsculo planeta y sea un desierto el resto de los mundos? No es concebible. Cuando los primitivos pueblos creían que esto era una tierra plana, y los astros destinados únicamente a alumbrar a sus habitantes, era lógico que no pudieran pensar en habitantes extraterrestes, ya que no tenían donde colocarlos.

B. CHAMPSAUR SICILIA

Y a las religiones les venía muy bien ser dueños de todo lo existente y ordenarlo todo a su extravagante fantasía. La tierra para el hombre, y las lámparas celestes también para el hombre. Y espíritus malignos, y fetiches, y dioses, y paraísos, y tártaros, y glorias, y purgatorios, adornaban este pequeño hogar astronómico, inmóvil e inmenso para aquella buena gente. Era un universo "pour rire", un escenario de aldea, creado, por algún titán de comedia, o generado por algún huevo de oro flotando en las aguas, o creado en seis días por una gran divinidad.

No. Esos cuentos pasaron ya. Pudiera suceder que cada nebulosa fuera para ella un universo, y que fuera finito el número de estos universos, o que se repitieran indefinidamente. ¡Quién lo sabe! Para la cuestión es indiferente. Muchos mundos deben de estar habitados. Deben de poseer seres conscientes e inteligentes. A menos que no haya algo superior a todo esto, y de lo cual nosotros no tenemos la más mínima idea. Pero no podemos estar solos, ni siquiera en la Vía láctea. Sería el colmo del privilegio o de la rareza. No se concibe tan inmensa soledad. Y no por la misma soledad, sino porque existiendo aquí esos seres, sería como un propósito caprichoso negárselo a todos los demás mundos. O que

R E L I G I O N F I L O S O F I C A

las energías naturales sólo por una rara casualidad los hubiera producido en este insignificante mundillo. Es, pues, muy probable que Marte, por ejemplo, esté también habitado. Allí comparten con nosotros la conciencia y la inteligencia. También allí habrá religiones fantásticas y tentativas de religiones filosóficas, como habrá racionalismo y gentes fanáticas y de fe ciega en dogmas absurdos. ¡Quién pudiera llegar hasta ellos con la transmisión del pensamiento y revelar, por lo menos, nuestra existencia! ¡Qué emoción ante el menor signo suyo! ¡Para vosotras y para mí, qué amplísimos horizontes! ¡Qué ideas más grandes y más luminosas! ¡Qué pequeñez en esos misterios y en esos ídolos! ¡Qué grandeza en nuestra nueva ideología! ¡Qué estrechez en este raquíptico escenario, en este repugnante egoísmo, en este mísero cotidiano vivir! ¿Verdad?

IX.

¡Y si fuéramos libres para desarrollarnos íntegramente fuera y dentro de nosotros! Un mundo de obstáculos nos detienen. Por una parte, la ignorancia, el fanatismo, las ideas religiosas, y, por otra, la imposibilidad de ser completamente libres psicológicamente, lo que da lugar a vicios, pasiones y crímenes de los

B. CHAMPSAUR SICILIA

más funestos para la vida colectiva. Porque nadie es libre de hacer lo que verbalmente le dicta su voluntad. Y lo parece, sin embargo; pero nos engañamos. Somos esclavos del genio y figura hasta la sepultura, de lo ingénito heredado, de lo vertido por cien generaciones en nuestra sangre y en nuestra carne, de lo petrificado para siempre. Lo movedizo, lo modificable, és el sedimento adherido de los factores del medio ambiente, que no cesan hasta la muerte. Pero la religión tiene por axioma la completamente libre determinación de la voluntad, y, por consiguiente, la completa responsabilidad de la persona. ¿Qué conocimiento tenían, por ejemplo, Jesús y sus discípulos de este complicado problema psicológico? Ninguno. Por eso decía que el que no había oído su palabra estaba libre de pena; pero el que la había oído era irremediabilmente pecador. Como si, dado un motivo, la voluntad fuera libre de cumplirlo o no. ¡Y cuán lejos de esta cosa simplista está la realidad! Ahí está la escuela de Lombroso para probarlo.

Hay, por lo tanto, quien no puede creer y quien no puede no creer, aunque no intervenga para nada el razonamiento, sólo por inclinación propia ingénita. Muchas de ellas son tendencias inconscientes que inician el principio de la orientación, y se encuentra el indi-

R E L I G I O N F I L O S O F I C A

viduo siendo incrédulo o creyente, antes que tenga idea clara del contenido de la creencia. Es el sentimiento o es la razón los que suelen dominar en esta elección. Más tarde se afirma definitivamente, y aun se llega a la violencia para defenderlas, aun cuando se esté tan ignorante como antes, pero esta ignorancia se suele sustituir por la cólera y el imperio de la fuerza. El amor propio desempeña un papel muy importante en la decisión de estas violentas cuestiones. Al razonamiento puro se le posterga con frecuencia, y poco se adelanta en la discusión. Pero siempre en el creyente hay una estrechez de ideas y de horizontes que les denuncian al primer momento. Jesús amenazaba duramente al que no creía en él, aunque fueran buenas sus obras. Bien es verdad que Jesús, como sabes que he procurado demostrarlo en otra parte, tenía para el mismo problema dos soluciones contrarias. De modo que así tienen razón lo mismo los inquisidores que los del perdonar setenta veces siete veces.

Nuestra libertad, tal vez, sólo consista en el poder que tenemos de crear motivos originales propios nuestros, y en revestirlos de una fuerza decisiva en el mecanismo de nuestras determinaciones, como una opinión nueva, una doctrina nueva o una idea moral adquirida en la evolución total de la ética, contra los ins-

B. CHAMPSAUR SICILIA

tintos bajos y las pasiones arraigadas y violentas. Y estos motivos los reforzamos cada vez más hasta hacerlos imperativos y como fatales, momento en que muchos preceptos morales no costarán ningún esfuerzo en la propia determinación. Y yo te pregunto: ¿qué es lo más hermoso y meritorio, el obrar el bien sin esfuerzo alguno, como el respirar, o realizarlo costándonos lucha y sacrificio y dolor en lo más hondo de nuestra alma? Y me acuerdo de una frase escrita por ti que dice: "Amor es sacrificio, y más se sacrifica quien más ama". ¡Oh!, sí; parece que dar después de vencer es más atrayente, de una belleza moral más pura y elevada. Un alma verdaderamente religiosa, es decir, con aspiraciones de un orden trascendental, si bien es cierto que no debe buscar el dolor en el cumplimiento del bien, menos debe rehuirlo cuando es preciso afrontarlo. Y la base de esta conducta superaltruista no ha de buscarse en ninguna divinidad, como concluyó Kant, sino en la naturaleza íntima de nuestra razón, por la que se aprueba a sí misma en todos los órdenes de verdades, evidentes o demostrables.

Creo haberlo ya dicho: es muy raro y como contrario a un orden evolutivo lógico, que una filosofía, o una metafísica, se constituyan en una verdadera religión. Y, sin embargo, pueden

R E L I G I O N F I L O S O F I C A

contarse tres ejemplos de este notable fenómeno. El primero y más acentuado es el de Lao-Tseo, filósofo chino, que vivía, contemporáneo de Confucio, unos seiscientos años antes de Jesucristo. No se concibe fácilmente como un pueblo, o parte de un pueblo, puede creer y venerar como preceptos religiosos conceptos que hasta pueden llegar a ser puramente metafísicos. Y Lao-Tseo, lo era en sumo grado. Basta fijarse en algunos pensamientos suyos para convencerse. "El ser y el no ser nacen el uno del otro. El sabio tiene por ocupación el quietismo. El sabio no posee ningún afecto particular. Mira al pueblo como el perro de paja del sacrificio. El no ser atraviesa las cosas impenetrables. Y por esto sé que el no obrar es útil. El sabio no tiene sentimientos inmutables. Trata al virtuoso como virtuoso, y al no virtuoso también como virtuoso. Y esto es el colmo de la virtud". Confucio encontraba su doctrina bastante oscura, y llegó a formar otra menos intrincada, y, sobre todo, más práctica, casi toda ella compuesta de preceptos morales, de reglas de conducta. Estas, como el budismo, filosófico también, no tenían ningún Dios, eran ateas, y con ellas algunos millones de creyentes, aunque el pueblo prefería rendir culto a la naturaleza y hasta creía en almas inmortales.

B. CHAMPSAUR SICILIA

Estas eran solamente las religiones de las clases cultas, de los intelectuales de la época, como hoy la inmensa mayoría de éstos son completamente incrédulos. Del mismo modo, en las generaciones futuras, refinadas en civilización, los que aún posean algo del sentimiento religioso, recibirán con agrado una religión de carácter filosófico, limpia de cosas extravagantes, disparatadas y absurdas, para honor y decoro de nuestra razón. Cuando del fondo de tu antiguo ideari oreligioso brotó ese acento firme de "aboga por una religión filosófica", es que viste en toda su necesidad la urgencia de una completa depuración de este catolicismo degenerado y decadente. ;Y como tú, cuántos son los que lo desean imperiosamente! Es que las almas no son ya las mismas. Es que las inteligencias ven ya otra luz. Es que los corazones están ya hastiados de esos corazones de Jesús, fetiches inconciliables con el decoro de una civilización avanzada. No te creas ofendida por esta afirmación sincera. Detrás de esa fiesta jesuítica hay más verdadera irreligiosidad que esa firme afirmación mía. Yo sé que así lo sientes.

Lo que hay en ti es lo que hay en toda alma femenina: necesidad de adoración, de esperanza y de consuelo, de amor puro y eterno, como no se encuentra aquí abajo; de protección po-

derosa en las aficciones de la vida, de la cruel mala suerte, del punzante desengaño, y, a veces, hasta del desamparo angustioso. Por eso, por vuestra constitución débil y sentimental necesitais levantar las manos al cielo, sea lo que sea lo que los hombres hayan puesto en ese cielo de quien solicitais auxilio con tanto fervor. Y si pecasteis ;con cuánto dolor y arrepentimiento pedís a Dios o a una Virgen que os perdone y os dé fuerza para resistir otra vez a la tentación. Y rezais y hasta escribís oraciones y oraciones, como una penitencia. Es la pobre criatura humana azotada por el irresistible huracán de las cosas de la vida, unas veces complice, otras veces engañada, y otras, abandonada injustamente. Muchas lágrimas derramais. ;Infeliz quien no tiene quien se las seque! Siempre buskais una mano que os levante. ¿Qué importa que esa mano no sea más que una ficción? Auxilio, auxilio, es lo que siempre pedís. Y creéis tenerlo. ;Desdichadas! Y no lo tenéis. Y vosotros seguís creyéndolo. Así sois. Cualquier religión que os hable al consuelo y a la esperanza es la vuestra. Y eso no os basta, no debe bastaros. Hay algo más alto todavía.

X.

Ese algo es la verdad. Y cuando no está

B. CHAMPSAUR SICILIA

la verdad, el imperio de la razón, al mismo tiempo que esos vuestros delicados sentimientos, que tanto endulzan la vida y la hacen amar y desear. Ese algo es una conciencia más luminosa y exacta de lo que debe ser nuestro destino, como individuo y como miembro de una colectividad; extender nuestra mirada a otros tiempos y otros países, sin la estrechez de un espíritu localista, que se hace la ilusión que sólo son personas de veras y cosas de veras las de su estrecho círculo, gris y amanerado, lleno de vanidad y de intolerancia. Hay que romper esa rigidez que anquilosa las ideas y las hace resbaladizas y estériles. Tú seguiste en un Instituto dos cursos de Literatura, de Historia de España y de Historia Universal. Tus numerosos y detallados apuntes prueban la atención con que los escuchaste. Tu primitivo y estrecho horizonte debió adquirir una amplitud para ti apenas entrevista. El mundo salió de su silencio y habló. Tú le oíste con recogimiento y comprendiste. Había muchos, muchos pueblos, muchas costumbres, muchas religiones, muchas leyendas, muchas esperanzas. Millones de seres racionales vivían muy bien, sin bautismos, sin misas, sin comuniones, sin corazones de Jesús. Y sin nada de eso florecieron genios tan grandes como Sócrates, Platón, Aristóteles, Pitágoras, Epicuro, Fidias,

Praxiteles, Tucídides, Cicerón y tantos otros. Nada que haya pasado por la mano de los hombres tiene signo alguno de procedencia divina. Libros sagrados, puras leyendas. Se ha vivido y se vive en la mayor variedad y hasta en evidentes contradicciones. La historia de los hombres es una liberación espiritual.

Ibas, tal vez, a tener pronto en tu mano el hilo de tus creencias. ¿Lo rompiste tú? ¿Te costó esfuerzos y dolor? ¿O se rompió solo, suave e insensiblemente? Ni una palabra me confiaste de ese siempre trágico acontecimiento, acaecido sólo para ti en lo más oculto del fondo de tu alma. Porque esas cuatro líneas tuyas no dejan lugar a duda; son de una incrédula, y quizá de una nueva creyente. ¿Cuánto hubiera dado por saberlo! Pero ya está de por medio la muerte, esa muerte que no tiene labios ni lengua, sino... Me da miedo el pensamiento. ¿Callará para siempre? ¿Viviremos siempre aislados y como eternamente muertos? Yo espero que no. Y bastantes pruebas hay. Estúdiese la obra "Metapsíquica", de Carlos Richet, profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina de París, de unas 800 páginas. Es una esperanza racional, mucho más consoladora que la insípida y hastiada gloria del catolicismo. Tú no acogías mal esta espe-

ranza, y la aceptarías para nuestra religión filosófica.

La gran mayoría de los católicos sólo tiene una idea algo precisa del que pudiéramos llamar el dulce Jesús, el altruista, el abnegado, el generoso, el del perdón, el que ni al mal resiste, el manso y humilde, el que se opone hasta que le llamen bueno, diciendo que sólo hay uno que lo sea: Dios, el idealista por excelencia, que llega hasta lo sublime y hasta lo imposible, cosa que seduce a la mujer y la convierte en una enamorada mística, que también tiene algo de sublime y de imposible. Es natural ese encanto por la pureza y la elevación del entendimiento, del bien y de la justicia, sobre todo en la primera época de su predicación. Basta recordar el sermón de la montaña y versículos tan famosos como éstos: "Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres." "Mirad las aves del cielo: no siembran ni siegan. y vuestros padre celesial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?" "Si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale la otra", y tantos otros, que son mucho más bellos que practicables. Y éste es el Jesús que generalmente se cita, hasta por los mismos incrédulos, porque del otro apenas tienen una idea muy vaga, y la costumbre es sólo citar siempre el primero.

RELIGION FILOSOFICA

Pero nosotros conocemos bien el otro Jesús, y es un deber nuestro darlo a conocer para cumplir con la verdad histórica y deducir las consecuencias que realmente se derivan de ella. Nos bastan algunos versículos para que este segundo carácter quede bien esclarecido y demostrado.

"Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer e hijos, y hermanos, y hermanas, y aún también su vida, no puede ser mi discípulo." (L. XIV 26.) "No penséis que vine a meter paz sobre la tierra; no vine a meter paz sino espada. Porque vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra." (M. X., 24 y 22.) "Y el hermano entregará a muerte al hermano, y el padre al hijo; se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre, mas el que perseverare hasta el fin, será salvo." (M. X., 21 y 22.) "Quien tiene bolsa, tómela, y también alforja, y el que no la tiene, venda su túnica y compre espada." "El que no estuviese en mí será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá." "El amo de este servidor vendrá el día menos pensado, y lo descuartizará." (M. XXIV, 50.) "El reino de los cielos es comparable a

B. CHAMPSAUR SICILIA

un rey... Y (este rey) enviando sus ejércitos hizo perecer a los homicidas." (M. XX, 2, 2, 7.) "Esas gentes, enemigos míos, que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí." (L. XIX, 27.)

No quiero cansar más. Pero el que lea los evangelios verá que son muchas, muchas, las frases de Jesús que no respiran más que muertes, intereses mundanos, aborrecimiento, falta de piedad y de perdón, formando un Jesús completamente distinto del otro, de tal modo, que tanto como el otro seduce, este repele, hasta el punto que ninguna mujer se enamoraría de él, y que a ningún hombre puede serle simpático. Valga que los Evangelios no se leen, y mucho interés tiene la Iglesia en que no se lean (estuvo por ella prohibida su lectura), porque hay el peligro de que la duda penetre por las puertas mismas de los libros sagrados. Y por ahí entran, a pesar de las pobres e inocentes notas del obispo Amat y del padre Scío. ¿Y quién puede hacer centro de una religión conceptos tan agrios, tan duros, tan crueles, tan sin perdón, ni piedad? Tú no lo admitirías, a pesar de tu ideario religioso, porque ese ideario tuyo tiene una amplitud que lo liberta de la testarudez y de la inconsciencia del creyente vulgar. No es con este Cristo contradictorio y sectario con el que puede cons-

RELIGION FILOSOFICA

tituirse una religión filosófica, racional y humanitaria, buena siempre, justa siempre, y lo más cerca posible de la verdad. En un pueblo de alta civilización ya no son viables estos creadores místicos a pesar de su genio y de su heroísmo.

Lo que, tal vez, se preguntará es si el sentimiento religioso perdurará después de la desaparición de esta religión católico-pagana, o si está destinado también a extinguirse por ser toda forma religiosa una manifestación errónea de una aspiración legítima racionalizable, y, por lo tanto, duradera. ¿Y cuál será entonces la forma no errónea de esa aspiración legítima racionalizable? Indudablemente, la religión filosófica, que no será ya una forma variable, una de tantas religiones positivas, de estructura diferente y contradictoria. Será para todos como el ejercicio de una función natural superior, cuyo fundamento está en algo esencial de nuestro espíritu en el orden trascendental. Y en la sucesión de los tiempos es así como puede perdurar sin detrimento ni de la razón ni de la esperanza. Tú has puesto el dedo en las alentadoras posibilidades del porvenir, con la visión clara de la necesidad, y hasta cierto punto, la urgencia del problema. A pesar de todo, el sentimiento religioso no parece existir como inherente a la propia na-

turalidad espiritual, como el sentimiento del bien y de la justicia, que suponen siempre el auxilio de la razón. Las religiones no han nacido, siendo sucesivas necesidades como la ciencia. Ni siquiera pudieron ser diferentes tentativas de explicación del universo. Lo prueba lo disparatado y absurdo de sus dogmas. Más cierto es darles por origen algo semejante a esto: "timor fecit deos", es decir, el miedo, el terror que causaban a los hombres los grandes trastornos de la naturaleza: terremotos, inundaciones, rayos, hambres, epidemias. El sentimiento era, pues, sólo una aptitud, una posibilidad, no una función de antemano constituida. Ese sentimiento, en lo futuro, ya no admitirá dogmas absurdos, ni ritos ridículos, ni cultos aparatosos. Y, sin duda, llegarán tiempos en que el sentimiento religioso habrá casi desaparecido, y reinará en lugar suyo la ciencia, como dueña y señora.

XI.

Para Spencer tienen su origen las religiones en el "doble", producido en el sueño, y que es el otro yo, por completo independiente, que abandona el cuerpo, y habla, y camina, y viaja, y come, y se encoleriza, y al fin, torna al cuerpo para vivir en él inactivo durante la vi-

RELIGION FILOSOFICA

gilia. Cierta que muchos sueños debieron de impresionar profundamente al salvaje, como nos impresionan a nosotros todavía. Tylor les atribuye un origen diferente. Para él es la vida, el espíritu, que el niño atribuye a las cosas, demostrado cuando al herirse, por ejemplo, en una silla, la golpea colérico como si estuviera, como él, animada. Y de aquí el convertir en espíritus superiores todas las grandes energías de la naturaleza. Por último, se invoca como origen el "totemismo", especie de semireligión primitiva, abundante en la Australia Central y la América del Norte, en el que cada clan, cada fratria tiene un animal o una planta, por lema, por representante, por antecesor, y protector, y distintivo suyo. Pues bien; yo creo que, no por una, sino por todas estas causas juntas, añadiéndoles el "misterio" que revelan todos los grandes fenómenos de la naturaleza, comenzó a desarrollarse, en los pueblos primitivos, el sentimiento religioso, que, por la naturaleza y variedad de su origen, no pudo tener nunca el auxilio de la razón, sino, en todo caso, en las cosas más apartadas del misterioso y sagrado "tabú". Por el contrario, lo que intervino en abundancia fueron el capricho, la fantasía, el misterio, el miedo, el deseo de vivir siempre y esa balumba de diablos y espíritus malhechores que no

B. CHAMPSAUR SICILIA

dejaban respirar, en sus noches, al pobre salvaje. El único objetivo sólo fué procurarse el bien y librarse del mal. La contemplación de la inmensidad de lo infinito sólo pudo ser asequible a muy corto número de espíritus superiores, para que pueda pretenderse como origen de una religión.

Ya adivino yo tu primitivo pensamiento. ¿Y por qué no ha de ser Dios la fuente y el origen de la relación que natural y lógicamente debe existir entre El y el hombre? Pues por varias razones. En primer lugar, porque el concepto de Dios no es el de una realidad, sino el de una posibilidad. Segundo, porque Dios no puede ser origen de tantas religiones diferentes y hasta contradictorias. Tercero, porque nada prueba que sea una de ellas la única verdadera. ¿Y los libros sagrados? ¿Qué libros sagrados? Porque todas tienen libros sagrados, entiéndase bien: libros todos falsamente sagrados, invenciones humanas, fantasías humanas. No hay una sola prueba de intervención divina, mas que la fe, la esclavizadora fe, esa fe que es más que todo, un castigo. Todo cambia, si se mira con ojos libres de esa bruma que nada deja ver en su verdadera realidad. Lo que vale a la mayoría de las religiones positivas, no es precisamente lo que tienen de verdadera religión, sino lo que de moral

RELIGION FILOSOFICA

han tomado de la conciencia humana, incluyéndolo entre las cosas divinas, vehículo de la autoridad de los preceptos morales. Las relaciones que pueda haber entre el hombre y un Dios hipotético son, pues, cosa puramente humana, y, como humana, intermitente y variable. Y hablemos de los hombres y no del relativamente pequeño número de los católicos, que, por esa misma pequeñez, el Dios de vosotros parece haber abandonado. No, no sabemos nada de ninguna divinidad. Nosotros lo hemos forjado todo. Hagamos, pues, lo posible por forjarlo bien.

Y llego a una cosa bastante delicada y de no poca trascendencia: a la confesión. Siempre ha sido peligrosa, siempre ha sido de consecuencias funestas, no sólo para el individuo, sino para la vida social. Por los pocos casos en que ha dado un resultado útil, la inmensa mayoría ha producido siempre el desorden moral y la discordia en el seno de la familia. Por una parte, el instinto carnal, no sólo clama en hombres jóvenes, como es natural, sino que revive y hasta se recrudece en los viejos sobre todo, en esos hombres célibes, verdaderos hambrientos de los goces sexuales. Bajo la capa del consejo y de las explicaciones, se desliza el intento de despertar inclinaciones y deseos, esbozados solamente en las todavía in-

expertas jóvenes, o todo lo contrario en las mujeres ya formadas en las lides amorosas. Y el secreto se guarda, generalmente, por la cuenta que le tiene a cada uno. Pero, aún no guardándose, nunca se ha evitado ni ese peligro, ni esas consecuencias reales. El que conozca a fondo la naturaleza humana, sabe bien que los instintos pasionales son mucho más fuertes que la voluntad y que los propósitos más decididos. Las máximas morales, los preceptos religiosos, todo eso se convierte en palabras vacías sin la menor eficacia práctica. ¡Y en célibes!

Luego viene la influencia dañina del sacerdotado en el seno de la familia; influencia religiosa y política, con la que suele perturbarse la paz y la concordia entre los esposos y hasta entre los padres y los hijos y entre los hermanos, cumpliendo aquella declaración de Jesús: que vino a separar el esposo de la esposa, el padre del hijo, etc., etc.; destino cruel e inhumano que sólo merece reprobación. Si el esposo es incrédulo, se encarga a la mujer que se valga de cuantos medios estén a su alcance para que logre su conversión, mejor con suavidad que con la violencia; pero con constancia y poniendo todo su interés. Y como la mujer, por su ignorancia, es el mejor vehículo para transmitir disparates, supersticiones y

absurdos, el cura descansa tranquilo y confiado en el triunfo, a la vez, de la mujer y de la hembra. Es el triunfo de la rigidez y de la inmovilidad, del quietismo y del silencio, el triunfo del veto a lo luminoso, lo libre y lo racional. El jesuíta es el actor principal en este papel ruin de introducir la discordia en el seno de la familia, con tal de conseguir la conformidad del esposo con las prácticas religiosas, aunque no sea más que por pura fórmula, sobre todo, para evitar disgustos en el hogar, motivo muy propio del hombre-enaguas, espíritu cobarde, que cede ante un arrumaco o una carantoña de su habilidosa e ignorante dulcinea. Mientras se siga siendo vulgo, con frac o con blusa, no hay salvación para los pueblos.

Es, pues, de imperiosa necesidad suprimir esta clase de confesión. En los comienzos del budismo se practicó la confesión en alta voz en presencia de varios sacerdotes, o bikshus. Este procedimiento estaba libre de los peligros y de las funestas consecuencias de la confesión auricular. Pero se necesitaba un verdadero heroísmo para abrir toda el alma ante sus semejantes. Así es que, al fin, se renunció a tan mortificante procedimiento. Para la religión filosófica la confesión, si se siente necesidad de ella, se hará principalmente en el

hogar. Fuera sacerdotes, fuera extraños, gentes de oficio, religiosos verbalistas y, antes que todo, hombres de instintos disimulados, no domados, supersticiosos o fanáticos. Volvamos a la fuente de los sentimientos sociales, a la familia, que, en estos delicados asuntos no es ni tiene motivos para ser interesada, como los de empleo y sueldo, y sólo le interesa el bien de todos sus miembros. Mirada desde esta época, de una civilización casi toda ella verbalista, con las almas semibárbaras todavía, esta innovación sólo puede prestarse a la risa, o cuando menos al silencio. Es natural. Ya lo suponíamos.

Cuando se sientan impulsados a ello, los esposos se confesarán entre sí o con hermanos suyos. Y si tuvieren algo que, por su gravedad, no se atrevieran a confesarlo, que se confiesen consigo mismo, en un acto especial, bien en el templo único, o en un sitio apartado, perdonando, si merece perdón, con la rectitud de un juez. En ese futuro, el hombre, es decir, el ser humano, tendrá una cultura y un poder interno insospechados hoy. El ser racional necesitará entonces lo menos posible del auxilio extraño. Podrá juzgarse a sí mismo e imponerse sanciones que cumplirá fielmente, no con el solo y estéril fin de cumplirla, sino con el propósito decidido de mejoramiento.

Mientras se pueda, lo más fecundo es aumentar el poder interno, hacerse fuerte y capaz de actos dificultosos sin pedir auxilio a nadie, aunque permanezcan en el silencio. Nada tan plenamente satisfactorio como el haberse vencido a sí mismo. Los hermanos se confesarán con sus padres, o con sus hermanos, o con sus tíos, o consigo mismo los que estuviesen en condiciones de hacerlo. Pero nunca si su estado de ánimo fuera contrario a ese acto, que no se debe convertir en cosa indiferente y vulgar. Repito que lo importante es la fuerza interna de la personalidad. Y esta no se consigue sino con una gran cultura y el ejercicio constante de la racionalidad, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes. Pero la fuerza interior no es la testarudez, o la terquedad del fanático y del supersticioso, o la insistencia del ignorante en el error. Es la firmeza de la convicción "razonada" sin coacción de ninguna clase, libremente, y sin invocación a ningún inescrutable designio. La rectitud del juicio es también fuerza.

XII.

Y como fin, tal vez llegarás a pensar que he sido demasiado agrio con las cosas de todas las religiones, como si les tuviera inquina

B. CHAMPSAUR SICILIA

y ganas de zaherirlas en toda ocasión. No es eso. Es sólo porque yo creo que se debe tratar siempre con acritud y con dureza el error, los absurdos, las supersticiones, y a los que los defienden también, siempre que no se llegue ni a la injuria ni a la calumnia. Y tú sabes que yo no he llegado nunca a eso. Es el decoro humano ofendido y ultrajado con tanto error y tanto absurdo, y hay que volver por él seriamente, duramente, decididamente, sin bonachonerías melosas de espíritus amerengados. Vale más que las ideas sean puntiagudas si se quiere que saquen chispas de los espíritus y el pensamiento se avive en la investigación de la verdad. Perdóname, pero no me arrepiento. El error hay que fustigarlo sin contemplaciones, esté donde esté. ¿Y no estará también en ti, me dirás? Nada tiene de particular. Pero la diferencia es grande entre ellos y nosotros, y tenemos la ventaja. Ellos luchan atados al poste de una creencia y nosotros, libremente. Nosotros utilizamos todos los hechos y no tememos las consecuencias, mientras que ellos tienen un horizonte estrecho, mezquino, y tienen horror a lo que pueda resultar antirreligioso. En nosotros, por el contrario, la razón no teme a nada, porque sólo busca la verdad y no el triunfo de esta o de la otra religión. Ellos son esclavos, nosotros

libres. ¿Tenemos o no tenemos más probabilidades de incurrir mucho menos en el error? No se puede negar.

Más te quejarás aún del mal trato que doy a la mujer de nuestra clase media con respecto a cultura y a elevación de miras. Es muy de sentir, pero es forzoso. No puede consentirse tan bajo nivel intelectual, ni gusto tan decidido por las cosas más ligeras e insignificantes. Y siempre lo mismo, lo mismo, sin cansarse jamás. Eso y defender a los jesuitas, a los curas y todas las cosas de la Iglesia, es cuanta luz se puede sacar de ellas, salvo, claro está, de muy honrosas excepciones, que serán siempre el justificado orgullo de su sexo. No pocas veces lo has reconocido tú misma. Sin esta acritud no se sentirían heridas justamente, y continuarían, sabe Dios hasta cuándo, en esa superficialidad antipática y hasta poco decorosa en un pueblo que pretende merecer el valioso título de civilizado. Esta censura exterior por fuerza hará nacer el propósito interior de mejorar de conducta en su propia persona y en el trato social. Ya sé yo que se necesitarán muchos años para que este cambio se realice. Hay, pues, que ayudar.

Pero, ¿y belleza, y poesía, no tendrá la religión filosófica? Sí, sí. Pero es la belleza y la poesía de la cosa en sí, de la misma naturale-

B. CHAMPSAUR SICILIA

za del ser, del pensamiento, y no de la vestidura. Y se puede llegar hasta la sublimidad en la misma sencillez. No, por Dios, nada de templos jesuítas, nada de tronos jardines, nada de altares joyerías. Frases sencillas tiene Homero, y Dante, y Virgilio, que son realmente sublimes. Las cosas sencillas bellas y poéticas abundan. Esas son las nuestras, porque sólo esas son las legítimas. Ni el gótico florido, ni el arte barroco no nos placen. El arco cortado es un recurso artificioso, es un ripio, que enturbia y empobrece el elemento estético dominante. Y lo mismo se puede decir de las demás artes. El triunfo de lo genial sencillo es la aspiración última de toda estética en lo futuro. Y esa aspiración es también la nuestra.

¿Quién no ha de abogar siempre por las cosas racionales, buenas y justas? Muchos años he pasado yo en esta honrosísima tarea. Al ideal socialista he dedicado gran parte de mi modesta labor intelectual, cada vez más convencido de su justicia y de la necesidad de su implantación en la vida de los pueblos. Yo me he rebelado siempre contra la perversidad de consentir que millones de seres humanos vivan como bestias, sometidos, explotados, por una minoría privilegiada de explotadores sin conciencia, teniendo por indiscutible que siempre ha de haber amos y esclavos. No se ten-

RELIGION FILOSOFICA

drá más remedio que llegar hasta la violencia para reducir a estas almas de granito a la inacción y al silencio. El ideal socialista es la liberación de la persona humana.

Todas las Repúblicas burguesas de Europa y América, ya sean unitarias o federales, constituyen un ideal atrasado, partidario de la misma crueldad y de la misma injusticia, y las federales, además, más peligrosas que las unitarias. Los pueblos que se civilizan tienden, o han de tender, racional y voluntariamente, a fusionarse con los pueblos vecinos, pues de lo contrario demuestran que conservan aún instintos tribales, impulso poderoso hacia la separación, la distinción y la vanidad ridícula de ser distintos, y, como distintos, imponerse a los demás, si se puede. Preferimos la República a la Monarquía; pero combatiremos siempre a toda República burguesa.

Con todo esto cumplí tu mandato de abogar por una religión filosófica. Lo he hecho demasiado a prisa, pero con gran atractivo y hondo deleite... Primero, porque es cosa tuya; segundo, por ser el asunto lo que es; y por último, por este duradero dialogar con vosotras, tan vivo y al parecer, tan real, que me ha sido difícil distinguirlo de aquel otro inolvidable cuando estabais aún en esta vida, tan regocijada entonces, y hoy tan vacía para este vie-

jo solitario, rendido ya por las desesperanzadas dolencias de la senilidad. Y esto ha sido para mí como una brisa refrescante, como una alucinación de la reledad ya desvanecida, en que parece que vuelve la sangre a las arterias y el brillo a los ojos. El pasar de un párrafo a otro, de una cuartilla a otra cuartilla y de un tema a otro tema, ha tenido siempre para mí un oculto encanto, como el brotar de una esperanza misteriosa, desvanecida y renovada a cada instante. O creía sentirlos a mi lado viendo cómo la pluma hacía vivir mis pensamientos en una abstracción casi completa de la conciencia. Y no era verdad y era verdad. Desaparecíaís y volvíais. Y me sentía animado a cada instante, y hasta me parecía que alguien invisible me dictaba frases enteras, que yo escribía rápidamente temeroso de olvidarlas.

¡Ah, quién pudiera triunfar abogando por que continuaran aquellas horas, buenas y sabrosas, en que las ideas, los juicios, las opiniones, los razonamientos, daban al vivir su máxima espiritualidad! Nunca en aquellas horas se turbó la serenidad entre nosotros, ni jamás brotó un solo signo de enojo, ni mucho menos de cólera. El ideario de cada uno orientaba el discernir. Y, a veces, en ciertos giros del pensamiento, se encontraban en inespera-

do acuerdo nuestras opiniones. Y no yo, la razón era la que aplaudía. Aquellas horas daban un sentido a los grises quehaceres cotidianos. Teníamos donde apoyarnos. No era preciso volver la cabeza en busca de algo. Hacían nuestro paso firme y seguro !;Qué bueno era entonces el vivir! ;Era! ;Era! Ya no hay remedio. Se cerraron todas las puertas. Hay que llorar, o hay que huir, o hay que amenazar, o tal vez, hay que esperar. Si, es posible, es probable este esperar.

Esperar en esa otra vida semejante a esta, de actividad, de lucha, de mejora y de esperanza. ¿No existe ésta? ¿Pues por qué no ha de existir otra? Tanta razón hay para la una como para la otra. Toda fantasía está de aquí excluida. De posibles realidades se trata. Y se han estudiado, y se han analizado durante muchos años. Alentemos la esperanza. ¿Acaso esta esperanza tiene algo que ver con el embobamiento místico de la gloria católica, o con el nirvana búdica, o con las huries de Mahoma? Es la esperanza de un vivir ascensional, perfectible, vivir activo, de movimiento, de ideales, y de lucha, de amor a los suyos y a todos, de sacrificios por el bien, de adhesión incondicional a la verdad, de nuevas y más altas esperanzas. ¿No hay todo esto aquí? ¿No nos satisface plenamente todo es-

B. CHAMPSAUR SICILIA

to? ¿Pues por qué no ha de haber algo semejante en el más allá y no nos ha de dejar también plenamente satisfechos? Por mi parte, yo no deseo más; ni otra cosa me satisface tanto como esto, por muy místico que sea y por muchas perfecciones que se tengan. La contemplación continuada es, además de monótona, antipática. Anula las tres cuartas partes de la personalidad, y es por completo desesperanzada. Los éxtasis de Santa Teresa confluyen con el nirvana. Tanta divinidad había.

XIII.

Y no puedo concluir sin hacer constar que Jesús tenía una ignorancia absoluta de los principios más elementales de la ciencia, es decir, de las realidades de la naturaleza, de su ser y de su verdad. Y no tuvo ni siquiera una indicación que desvaneciera un error, y de esos que cambian por completo la ideología de los mundos, de los seres y hasta de su destino. Yo no pretendo que Jesús hubiera hablado de las secciones cónicas de Apolonio, de las categorías de Aristóteles, de las ideas tipos de Platón, de los movimientos de la tierra de Filolao y de Aristarco, ni de la filosofía moral de Sócrates. No había para qué. Ni aquel pueblo, en extremo ignorante, lo hubiera entendi-

RELIGION FILOSOFICA

do. Lo bastante ignorante y lo bastante inmoral e idólatra para que no pudiera ser nunca pueblo elegido de ningún Dios. Pero es que Jesús participaba de todos los errores de su tiempo, y no podía hacer ninguna clase de indicaciones rectificándolos. Y estos errores eran, no solamente de orden físico, sino de orden psicológico, y hasta de orden exclusivamente moral y místico.

Allí donde la razón no penetra, no analiza, no disecciona, no establece un orden racional, todo resulta caprichoso, fantástico, con el solo prestigio de la forma, de lo externo, de lo sugestivo, de lo misterioso, sobre todo, si de creencias religiosas se trata. Para Jesús, el centro de su predicación era el advenimiento del reino de los cielos, que verían algunos de los que le escuchaban. ¿Y qué era, en último resultado, aquel famoso reino de los cielos? Una pura fantasía, con una vida eterna más fantástica todavía y una muchedumbre de ángeles, bastante para dejar encantados a los niños y a las damas. Ni una idea racionalmente elevada en ese sueño vago e insustancial. Ninguna alta y exquisita finalidad para los espíritus, con su destino propio, su actividad propia y una esperanza propia. Era como sumergirse en un inmenso océano de goces y de éxtasis que, después de todo, llegarían a

B. CHAMPSAUR SICILIA

ser insoportables. Habría tronos, y juicios, y gehenas, y cánticos, remedos, precisamente, de cosas inferiores de aquí abajo. Para nada se nombra el pensamiento, ni las visiones como proféticas de la razón, ni los grandes arrobamientos de la belleza en sí, ni nada que refleje la inquietud investigadora de la ciencia. Porque Jesús no sabía ni sentía nada de eso, y sólo se ocupaba de su Padre celestial y de su Reino de los cielos, en el fondo, tan terrenal el uno como el otro, y tan inocente el uno como el otro. Y para ir a ellos, predicaba una moral, en muchos, muchos casos, impracticable, imperfecta y hasta sectaria.

Y por esta ausencia completa de cultura y de civilización en los Evangelios, de espíritu racional y libre, es por lo que se nos presentan como fantasías insustanciales, confirmadas ya por millones de inteligencias que fueron y ya no son creyentes. Herr Harnack piensa que si el Evangelio hubiera tratado también de cosas de ciencia, de arte, de cultura y de civilización, hubiera encontrado obstáculos en su camino, por hallarse sujeto a una "forma particular de la cultura humana". Al contrario. Haciéndolo así, en la medida conveniente, se tomaba al hombre íntegro, no en el sólo aspecto de su conducta y de la obsesión de ir pronto a un reino de los cielos, más

propios para damas que para hombres serios. Y al hombre completo, en su totalidad psico-fisiológica, se ha de tomar siempre, cuando se quiere legislar en la totalidad de su destino, más o menos probable. La ignorancia de los tiempos tuvo que imponer a casi todos los creadores de religiones ese aspecto inferior y estrecho que dieron a sus creaciones religiosas en que la verdadera verdad no fué nunca el objetivo de su obra, sino sólo la conducta y los sueños de la fantasía más desenfrenada. Todos los Evangelios revelan esa ignorancia general, de Jesús, de sus apóstoles y del pueblo entero.

Porque ¿juzaría Jesús a un Copérnico, a un Newton, a un Kant, a un Darwin, a un Pasteur, como a un individuo insignificante que dijera "braca", como a un incrédulo, o como a un colérico? ¡Oh!, no. El verdadero sabio tiene una creencia, una religión superior a todas las religiones, la religión de la verdadera verdad, en la que se incluye la moral y todo el desarrollo psicológico del hombre, base de todas las legislaciones, de todos los sistemas filosóficos y de toda la conducta de los individuos y de los pueblos. El verdadero reino de los cielos, sin locas fantasías, lo tiene ya en sí, y ganado otro digno de él, si lo hubiere, por la luz que ha irradiado en torno

B. CHAMPSAUR SICILIA

suyo, que es algo de más sustancia que comed la carne y bebed la sangre del Idolo un-gido. Hombres como Newton y Pasteur, son sagrados, son tabús racionales, ordenan, legislan, no como sectarios, sino como hermanos. En ellos, las creencias religiosas no tienen valor alguno. Su ciencia pertenece a un orden ya divino, que no necesita auxilios de ninguna creencia mística para participar de una trascendencia universal y de un carácter de eternidad en los fueros de una razón infinita. Es preciso que vosotras tengais este justo y elevado concepto de los genios que nos conducen por el verdadero camino, no del placer de una felicidad vulgar, sino de lo que es y de lo que debe ser, de la rectitud y de la verdad. Viven en cumbres, en alturas, en cimas luminosas, vedadas al resto de los mortales. No encontraréis en ellos palomas celestes, ni ángeles con trompetas, ni demonios tentadores, ni rasgaduras de velos, ni peces con monedas en la boca. No, nunca. La verdad pura, la rectitud completa, y muchas promesas para el porvenir.

Un exégeta de la talla de Loisy confiesa que los Evangelios revelan el atraso del pueblo para quien se escribieron. Lo que realmente salva no son ni la Biblia, ni el Corán, ni el Tripitaca, ni los Vedas, ni el Zend-Avesta, ni

RELIGION FILOSOFICA

ningún libro semejante. Lo que realmente salva es la cultura general, la civilización, el refinamiento del pensar y del sentir, la calidad de las aspiraciones y de la esperanza, el sentido racional de la vida humana y de su destino, el alcance de su visión para la lejanía de los tiempos, en una palabra, una especie de divinación de todo cuanto tiene el hombre de grande, de superior, en la inteligencia y en el sentimiento. Esto será muy lejano, muy lejano, pero no es utópico, ni caprichoso, ni fantástico. Un paso no más hacia ese fin, y, tal vez, el último, en el sentido aun religioso, será la religión filosófica, cuyo Evangelio, si se escribiera, estaría demasiado alto para que los de Jesús pudieran resistir la comparación. Y no sólo por su verdad, sino por el muy superior concepto de la vida y de su destino y sus más hondas visiones trascendentales de las cosas más ocultas de este universo. ¿Verdad que esto es racional, bueno y hermoso? No es cosa para señoritas, para luises y para hombres-enaguas. Es sólo para mujeres pensadoras, para jóvenes sin mordaza y para hombres serios y libres.

¿Qué podían dar de sí unos pobres pescadores, ignorantes y toscos, como los apóstoles, cuya tosquedad e ignorancia muestran a cada momento. Unas veces, no entienden cosas sen-

B. CHAMPSAUR SICILIA

cillas; otras, afirman cosas fantásticas, sin el menor fundamento, como es costumbre entre la gente del pueblo sin el menor signo de sensatez y de buen juicio; otras, por el contrario, de viveza de visión y de raciocinio, porque, al fin y al cabo, pertenecían todos al complicado y prometedor filón humano. En aquel pueblo judío hubo, sin embargo, algunas inteligencias notables, como Hillel y el maestro de San Pablo, Gamaliel, siendo maestro y discípulo, y el padre del discípulo, fariseos puros, tan aborrecidos de Jesús, y los dos últimos, ciudadanos romanos, del pueblo más odiado de los ignorantes y levantiscos judíos. Otro hombre hubo notable, el historiador Josefo, que vivió en Roma hasta su muerte. Pero el genio de estos hombres era de una gran estrechez, de un localismo exagerado y de un orden ético-místico infecundo, tanto individual como colectivamente. No trajeron nada civilizador los Evangelios. No porque no quisieron sino porque no pudieron. Porque nada tuvieron que decir de la gran esperanza salvadora que se llama civilización. Jesús no pudo tener ninguna idea de cultura por pertenecer a un pueblo que, no solamente carecía de ella, sino que la odiaba.

¿Pero quién pudo impedir al Ungido que en-

señara a aquellas pobres gentes que la tierra era redonda, que daba vueltas alrededor del sol y que las estrellas, el sol y la luna no fueron hechos para utilidad y recreo del hombre? Porque enseñar es una obra de misericordia, y así como enseñaba que los ricos no entrarían en el reino de los cielos, y que para ser su discípulo era necesario aborrecer a sus padres, me parece que era más útil enseñarles las anteriores verdades y otras muchas más fecundas todavía. ¿Vosotras veis alguna dificultad sería para hacer esta buena limosna a aquellas pobres inteligencias, sumidas en multitud de errores, muchos de funestas consecuencias? No hay más explicación que ésta: Jesús ignoraba hasta esas sencillas verdades, que eran, tal vez, para él y sus apóstoles, cosas del demonio para tentar y corromper las almas de los justos. ¿Cómo es posible una cultura, una civilización, con tanto diablo, tantos poseídos, hasta con el gran diablo que tuvo poder, o licencia, dirá el creyente, para tentar nada menos que al mismo Jesús, a la misma persona hipostática hombre-Dios? Son factores contradictorios que se excluyen sin remedio. Epoca de diablo, época de ignorancia, por lo menos en el pueblo, y son pueblo muchos adinerados, y hasta alguno que otro personaje de cierta ilustración. Aristóteles defendía la

B. CHAMPSAUR SICILIA

esclavitud y los cielos de cristal en su rara teoría astronómica. Pero éstas son aberraciones excepcionales que no caracterizan ni épocas ni pueblos. Se individualizan.

El éxito prodigioso de las grandes religiones se debe, no al contenido verdad de su sustancia mística, sino a la multiplicidad de factores que favorecieron su desarrollo en el tiempo y en el espacio. Aunque parezca una cosa extraña, la calidad de sus dogmas y de sus máximas ha influido muy poco en su dilatada y rápida expansión. Tienen todas la virtualidad de un reguero de pólvora. Sus creadores no esperan ninguna evolución, como los llamados gubernamentales políticos, obran abiertamente en su propia época, afrontan todas las dificultades y todos los peligros, sostienen guerras, hablan, predicán, caminan, viajan, sufren, se resignan y mueren, dejando, al fin, su obra consolidada y en rápida marcha hacia un porvenir, generalmente asegurado, aunque nunca esclarecido. Con Dios y sin Dios, con glorias y sin glorias, con metempsícosis y sin metempsícosis, con misas y sin misas, con encarnaciones y sin encarnaciones, pero todas con supersticiones, fábulas, leyendas, mitos y hasta absurdos, y como compensación, preceptos morales mezclados con otros que merecen el nombre de antimo-

RELIGION FILOSOFICA

rales. Con la visión de tales realidades tenéis que convencerlos de lo puramente humano de estos grandes movimientos espirituales de los pueblos, sin fundamento ni finalidad racionales, con que justificarlos. El miedo, lo misterioso y lo fantástico son los principales factores de estos grandes acontecimientos sociales. Pero lo que nunca han traído son verdadera cultura y verdadera civilización. Y lo que lo prueba es la rápida decadencia del catolicismo y el continuo despojarse los pueblos de esas creencias mucho más dañinas que infecundas. La religión filosófica es la única que podrá traer en su evangelio cultura y civilización para todos los hombres, la ciencia.

XIV.

¿Recuerdas con que interés leíamos los himnos de los "rishis", sacerdotes y grandes poetas indos de ahora tres mil años? Himnos religiosos, con un sabroso dejo de metafísica mística, que despertan, al mismo tiempo, la veneración y la inquietud filosófica de los primeros principios. Es como una voz de edades lejanas que aún llega a nuestros oídos para decirnos que ellos también han llevado su pensamiento a los que, tal vez, serán siempre los eternos problemas de nuestra pobre intelligen-

cia. Ellos también hablaron de lo que nosotros ahora hablamos, o de lo que hasta hace poco hablamos con tanto interés y tanto regocijo. Esa voz me conforta y me da vida, y me trae el recuerdo de nuestras horas de refinamientos espirituales ya para siempre desvanecidas. Y por eso he de transcribir aquí algunos de esos himnos, con la esperanza de que aún ahora los vuelvas a oír en la nueva morada que, por nuestra suerte, tal vez nos depare el destino. Dice así, en los "Vedas", uno, atribuido al rishi Badjapati, titulado "El alma suprema":

"En otro tiempo, nada existía: ni el ser, ni la nada, ni mundo, ni cielo, ni éter. ¿En donde estaba, pues, la envoltura de todas las cosas, el receptáculo del agua, el lugar destinado al aire? Entonces, ni muerte, ni inmortalidad, ni día, ni noche. Sólo el Ser respiraba sin inspirar, absorto en su propio pensamiento. Nada había fuera de él. Las tinieblas envolvían a otras tinieblas. Ningún brillo tenía el agua. Todo estaba en el confundido. El Ser reposaba en el vacío que le sustentaba. En fin, por la fuerza de su voluntad, brotó el universo. En su espíritu se engendró un deseo, primera semilla de todo. Así lo han proclamado los sabios meditando con su inteligencia y su corazón. Su mirada lo ha penetrado todo: arriba, abajo, por todas partes, porque había en

ellos gérmenes fecundos, grandes pensamientos. La esencia del Ser supremo sobrevivirá a todo, como ha sido antes que todo... ¿Pero quién conoce exactamente estos misterios? ¿Quién puede revelarlos? ¿De dónde vienen esos seres y esos universos? Los dioses nacieron, porque así fué su voluntad de crearlos. ¿Pero quién sabrá de dónde él mismo salió, y de dónde ha sido traída esta creación inmensa? ¿Podrá o no podrá sostenerse por su propia fuerza? Sólo Aquel que, desde lo alto del cielo, tiene los ojos abiertos sobre este mundo, es el único capaz de saber lo que existe y lo que no existe." Otro himno añade: "O, tal vez, ni él mismo lo sabe."

La imaginación y la inteligencia no pueden llegar más allá. Todo es preguntar y revolverse, y tornar a preguntar y volver de nuevo de un lado a otro, sin saber qué imaginar, ni qué fingir, para que el enigma caiga vencido. Y el enigma no cae nunca. Y los siglos pasan, pasan las religiones, pasan los sistemas filosóficos, y todo queda como antes, todo en pie, sin que haya venido nunca ninguna clase de revelación, ni en la Palestina ni en el Japón.

En el "Yadjur blanco" hay este otro himno:

"Hay un dueño soberano, un señor de todos los mundos... Este ser único, inmovible, es más rápido que el pensamiento, y los mismos

B. CHAMPSAUR SICILIA

dioses no pueden concebir este autor supremo que se engendró antes que ellos. Aunque inmóvil, se adelanta a todos los seres. Es más ligero que el viento. Mueve a su gusto el universo entero, y aún lo traspasa... Han caído en una noche muy profunda los que han olvidado sus deberes religiosos. Y han caído en una noche más profunda todavía los que sólo se contentan con conocerlos sin practicarlos. Que el soplo del viento arrebate mi cuerpo, que no es más que ceniza. Pero, ¡oh, Brama!, acuérdate de mis intenciones, de mis esfuerzos, de mis actos. Condúcenos, por vías seguras, a la eterna beatitud. Tú, que conoces a todos los seres, purifícanos de todas nuestras faltas, y te consagraremos nuestras más ardientes oraciones. En esta copa de oro, mis labios sólo buscan la verdad. ¡Oh, Brama, astro inextinguible, yo te adoro bajo la forma del brillante sol! Oye mis ruegos."

¿No se ven claras las ansias del alma humana de perdón, de consuelo, de veneración, de felicidad, en un más allá desconocido, pero real. Porque, así como en el Antiguo testamento no hay más que ligeros indicios de otra vida, en los Vedas es clara la creencia en la inmortalidad del alma, y, en el fondo, en la de un solo Dios. Esta inquietud, que tiene tanto de religiosa como de filosófica, ha conmovido

siempre el pensamiento de todos los hombres un poco elevados espiritualmente. Y estos ejemplos son necesarios para los y las que creen que el mundo no se extiende más allá de su provincia, ni que hay nada fuera de ella que tenga ninguna importancia, y sobre todo, en cuestiones religiosas. Y ya se ve, por esos himnos, con cuánta profundidad, con cuánta emoción, con cuán vivo interés espiritual, se presenta al propio pensamiento tan punzante problema. En el fondo es puramente filosófico. Ha pasado por la mente de todos los pensadores y de todos los creadores de religiones. No es ni de Jesús, ni de Budha, ni de Zaratustra, ni de Mahoma, es de la humanidad entera, y cada uno lo resuelve a su modo, y afirma que la verdad está sólo en él, que Dios mismo se lo ha revelado, y que hay que crearlo, so pena del fuego eterno en la otra vida. Todos dicen lo mismo, todos amenazan, y el problema, impasible, sigue en pie, inmóvil y rígido como una estatua egipcia.

Por último, unos cuantos párrafos de otro himno, éste del "Rig-Veda", atribuído al rishi Gritsamada:

"El dios antes que todo nacido, el que justamente honrado, ha embellecido a los otros dioses por sus obras, el que con fuerza y grandeza infinitas hace temblar el cielo y la tierra,

ese dios, pueblos, es Indra. El dios que ha consolidado la tierra vacilante, que ha desgarrado las nubes tempestuosas, que ha ensanchado la llanura de los aires, que ha afirmado los cielos, ese dios, pueblos, es Indra... El dios a quien pertenecen los campos fértiles, las ciudades, los carros llenos de riquezas, el que ha creado el sol y la aurora, el que dirige las aguas, ese dios, pueblos, es Indra. El dios que ha sido el modelo del universo, que anima a todos los seres inanimados, ese dios, pueblos, es Indra. El dios delante de quien se inclinan con veneración el cielo y la tierra, delante de quien se estremecen las montañas, que arma su mano temible con el temible rayo, ese dios, pueblos, es Indra. El dios que acoge las ofrendas, los himnos y las oraciones y que protege a los mortales, ese dios, pueblos, es Indra."

Aquellos sacerdotes eran verdaderos poetas, poetas de alta y profunda inspiración, y se comprende que ejercieran gran influencia en su pueblo. Pero, después de todo, es claro como la luz del día el origen completamente humano de todas las religiones, de la relatividad de sus afirmaciones gratuitas, llámense como se llamen sus creadores. Y humano es su desarrollo y su fin, ante los cuales son inútiles los mayores esfuerzos y los más grandes sacrificios. Nacen, viven y mueren, como todo

organismo y toda institución de los hombres. Pero queda el hombre, con su razón luminosa, con su corazón inclinado, cada vez más, al bien. Otras cosas mejores vendrán. ¿No basta esto?

XV.

Desde que Descartes abrió la puerta grande del racionalismo moderno, una gran ráfaga de vitalidad espiritual invadió el pensamiento europeo, y aparecieron, entre muchos otros, el panteísmo de Spinoza, el criticismo de Kant, el devenir de la idea de Hegel, y todo el positivismo y el materialismo del siglo XIX, que aún dominan en el presente siglo. Los intelectuales de todos los países se vieron arrastrados por la poderosa virtualidad del racionalismo, y el ambiente general es, en su mayoría, decididamente racionalista. En ese ambiente respiran también las multitudes, y casi todas han llegado a ser por completo incrédulas. El retroceso del cristianismo es tan constante y acentuado que Cristo mismo daría por fracasada toda su obra. Y por ese camino va con bastante rapidez. Y es imposible detenerlo con los tópicos de costumbre, porque son muy fuertes y muy hondas las causas de esa decadencia, ya que se desarraiga

B. CHAMPSAUR SICILIA

de los espíritus un día y otro día con la fuerza de una corriente impetuosa. Los espíritus superficiales no lo ven, hasta creen en un avance; pero el examen imparcial de los hechos es realmente desconsolador: atrás.

¡Cuántas veces puse ante vosotras este cuadro de la inevitable decadencia de vuestra religión! Y otras tantas veces tuvisteis que bajar la cabeza ante la inexorable elocuencia de los hechos. Renacerá más tarde, decíais. ¡Ah! esas cosas cuando van a la muerte, mueren para siempre, como el paganismo. Son demasiado grandes para un renacimiento. Ni el mamut ni el diplodocus volverán a renacer. No sabíais qué decir. Os sentíais desconsoladas. ¿Peligraban vuestras esperanzas? ¿Estabais, tal vez, a punto de sentir os desamparadas? No, no. Hay algo más alto que todo eso para confortar vuestro espíritu: hacer bien, hacer bien, amar la verdad, y tener el heroísmo de renunciar al error, aunque el error se llame religión, catolicismo, cristianismo. Ya sé yo que no podéis ser esas heroínas en tiempos aun tan poco propicios. Pero en esos otros tiempos, la voluntad humana obedecerá, sí, obedecerá, a motivos más elevados y de más pura racionalidad. Y entonces, ahora me dirijo a ti, es cuando podrá ser una realidad esa religión

RELIGION FILOSOFICA

filosófica, que, tal vez, ya llenaba en teoría muchas de tus esperanzas.

En los hogares y en el templo, el único templo, se oirán palabras confortantes, consoladoras, de fortaleza, para que haya algo poderoso en cuyo homenaje tendréis por bueno orientar la vida hacia la justicia y el bien, dictados siempre por el imperio de la razón: allí donde fueres haz lo que debieres. El error es error, aunque esté vestido de templo. Huye del que te da la mano sin darte el corazón. No admitas que crean en ti sólo por ser tú, o sin saber por qué verdad lo creen. El Sumo bien no necesita ser más que Sumo bien. En el cielo no hay más que estrellas. El hombre debe ser el hombre para el lobo. Cuando hable la verdad deben callar los dioses. Ama a tus padres aunque no crean en ti ni en ningún otro. Cuando hayas de hacer un bien no llares raza de víboras al que te lo pide. La guerra, se dirá entonces, es un recuerdo negro de la historia pasada. Nos hemos igualado a los antiguos esquimales que no la conocieron nunca. No hay hombre que no sea hermano nuestro, y los incrédulos, los primeros. Hemos de aceptar esta máxima india: A una mujer no le pegues ni aun con el pétalo de una rosa. Quien no se puede defender es sagrado. Y de estas

B. CHAMPSAUR SICILIA

y otras cosas semejantes se hablará en los hogares en las horas religiosas.

Dime tú ahora si esto te llena o no el corazón. Podrías no querer abandonar tus creencias de niña y de mujer; pero tenías que confesar noblemente que en todo esto hay una elevación y una pureza que atraen y subyugan. Tú que fuiste buena, justa y reflexiva, no pudiste menos de amar lo justo y lo bueno, como amaste lo bello en su expresión más alta y pura. ¡Ah, que no tornarás de nuevo, para que tu pensamiento auxiliara al mío en tu deseo de abogar por una religión filosófica, refractaria a dogmas absurdos, que causarán la hilaridad a las lejanas generaciones futuras! ¡Qué duro es resignarse a esta soledad de pensamiento y de corazón que vosotras llenasteis para bien mío y de todos! Y ahora... No, no es valor, es heroísmo, el pasar esas horas y esos días en la mudez más completa dentro del que fué nuestro hogar, y ya no puede nunca ser de nuevo un hogar. Que seas el último en morir de tu familia, decían los latinos, como una maldición. ¡Y qué maldición! Valga, valga, que el hombre tiene una luz divina tras la frente, una luz que lo abarca todo, y llega con placer y con dolor hasta la misma muerte. Y en el más allá, ¡oh, vosotros

todos los míos!, la esperanza, la consoladora y profunda esperanza de volveros a ver.

La moral nuestra rechaza y desaprueba, sin excepción toda la moral dura, sectaria, e interesada, de los evangelios, del otro Jesús, del Jesús de las contradicciones, de las durezas y hasta del egoísmo, como cuando llama perra a una pobre madre sólo por que le pide que cure a su hija, y cuando llama raza de víboras a unos oyentes para decirles que debían obrar bien, o aquello de: ¿hasta cuándo os sufriré?, sólo porque un padre le pedía que curara a un hijo suyo. ¿Qué lejos estaba ese Jesús del que dijo: "Aprended de mí que manso soy y humilde de corazón!" No, nuestra moral es toda ella elevada, noble y pura. Aconsejamos que el hombre no se deje abofetear injustamente, porque el respeto y la dignidad personales deben ser inatacables y es un alto principio de justicia; que lo primero que piense es en asegurar la vida por medio del trabajo, para que después sean posible los ideales, la parte trascendental y casi divina del espíritu humano. La moral es toda del hombre, no sólo del creyente, del hombre íntegro, no de una manera suya de ser. Además, toda creencia es una imperfección, una deficiencia, y no puede abarcar una totalidad. La superamos.

B. CHAMPSAUR SICILIA

Uno de los actos verificados en el templo único es la reunión cada dos meses para hacer bien al mayor número de personas necesitadas de auxilios personales, aunque se llegue al sacrificio, y no de dinero, precisamente, porque en esa lejanía del futuro el socialismo estará establecido en todos los países civilizados, en que las necesidades vitales estarán todas debidamente atendidas. Otras hay tanto o más aflictivas que esas, a las que hay que atender con profundo amor y abnegación decidida. En esas reuniones exclusivamente para el bien se allegarán todos los medios, de cualquier orden que fuesen, para cumplir con este deber primordial de nuestra naturaleza racional, con firmeza, sin excusas, sin egoísmos, sin palabrerías, sin engañosos e hipócritas aplazamientos, en efusivos intercambios de verdaderos corazones hermanos, que no serán diez o doce, como serían ahora, sino ciento o más, llevados allí por una pureza y una elevación de sentimiento desconocidas hoy día, como no sea por excepción. Más gana el que da que el que recibe, es una máxima de Budha, demasiado alta para las inteligencias vulgares. ¡La verdad! ¿Quién no rinde culto a la verdad? Pero el bien, el bien, esa luz y esa alegría entre dos almas hermanas es el divino placer de lo más excelso de nuestro espíritu. ¡Qué hondo arre-

pentimiento no hemos tenido algunas veces de no haber practicado todo el bien que podíamos! No hay homenaje como el bien para el Sumo bien. Todo rito, todo culto, palidecen ante esta realidad sencilla y luminosa.

Vosotras y yo estábamos aún maleados por la venenosa raíz del egoísmo; pero vosotras y yo amamos el bien como el don más preciado de nuestra naturaleza. Y si vosotros vivís y nos volvemos a ver en ese mundo de actividad, de lucha y de mejora, será el bien el principal ideal de nuestro corazón y la verdad el primero de nuestra inteligencia. Nosotros padeceremos con orgullo la locura del bien y la verdad.

Obras del mismo autor

Personalidad y socialismo. — (Conferencia.)
(Agotada).

El sabio, el creyente y la evolución. Idem *id.*

Mi muerte.—(Agotada.) Traducida al francés.

Nueva religiosidad.

Hacia la cultura europea.

Por el ideal socialista.

Humanización del arte.

Transformismo.

Mi playa.

Anotaciones.

La Religión filosófica.

TRADUCCIONES

Lucha eterna.—Balzac.

El Honor.—Suderman.

Filosofía esotérica de la India.

PARA PUBLICAR

Tartufo.—Molière.

Reflexiones sobre la metafísica del cálculo infinitesimal.—Carnot.

Fenómenos de la vida, comunes a los animales y a las plantas.—Claude Bernard.

Tip.
LA PROVINCIA

PRECIO: 1'50